

PUNTO
ROJO

PRESIDENTE X

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO





RALPH BARBY

PRESIDENTE X

Colección PUNTO ROJO n.º 317
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 11.450 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1968

© RALPH BARBY - 1968
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección COLORADO:
547 — La charla del sapo.
- En Colección KANSAS:
449 — Los hijos de la loca.
- En Colección CALIFORNIA:
577 — El tesoro de los confederados.
- En Colección BRAVO OESTE:
322 — El gigante del «Trail».
- En Colección SERVICIO SECRETO:
927 — Vacaciones a tiro limpio.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
156 — El loco ratón.
- En Colección TEXAS:
602 — Lección de hombría.
- En Colección PUNTO ROJO:
306 — Un periodista sensacional.
- En Colección ASES DEL OESTE:
467 — Sabor a cáñamo.
- En Colección BISONTE:
1.061 — Los colmillos de Silver.

Hacía calor, mucho calor en aquel país centroamericano.

Las aspas de un ventilador giraban cansinas colgadas del techo de la habitación. Todo allí inspiraba pereza, sensación de bochorno.

Desde su habitación del Grant Hotel, Spencer, un estadounidense cuarentón, de ojos inquietos, muy ágiles, de aspecto general casi anodino, pues semejaba un turista sin excesivos problemas económicos, miró por el amplio ventanal siempre abierto.

El mar, de tonos azules y verdes, aparecía en calma. Un trasatlántico hacía sonar su sirena estridente al salir del puerto.

Se dejó caer en el sofá. Arrojó lejos de sí la chaqueta de su traje blanco y se enjugó la frente empapada de sudor.

La vista que se extendía ante él, a través del filtro de las largas macetas colocadas en la terraza de su alcoba, semejaba un cuadro polícromo, lleno de paz y de una alegría perezosa.

Spencer se dijo que por las calles de Inagua, capital de la nación del mismo nombre, nadie corría. Todos caminaban despacio. Aquel discurrir de la gente por las arterias principales de la pintoresca ciudad, en nada se parecía al de Nueva York, Chicago o Los Ángeles. No, allí solo corrían dentro de los coches o en el mar para nadar.

Sin embargo, Spencer sabía muy bien que allí no era todo paz, sosiego y vida turística. Pisaba un terreno resbaladizo, y en cualquier instante una bala podía venir de cualquier dirección y acabar con su vida.

—Tengo que prepararlo todo... —se dijo cerrando puertas y ventanas desde el interior para asegurarse de no ser observado.

Se secó el rostro una vez más con el pañuelo. Jamás hubiera supuesto que saldría tanto sudor de su cuerpo un tanto delgado.

Buscó la funda de sus gafas de sol, ya seguro de que nadie le veía, y de debajo de la espuma acolchado extrajo un dólar de plata.

—Esto no lo descubrirán...

Cuando lo tuvo en su mano, lo observó atentamente.

En el canto circular, en un lugar apenas visible, había un diminuto punto negro. Todo estaba en orden.

Buscó su cámara fotográfica, de un modelo vulgar en el mercado y la abrió sin preocuparse de velar la película. Sacó el carrete y en la parte superior izquierda, correspondiente a dicho carrete, colocó el dólar de plata que quedó perfectamente encajado.

Tomó unas agudas pinzas y afianzando su pulso tiró del puntito negro.

Una vez conseguido su propósito, tras el punto negro siguió un hilo metálico, delgado, apenas del grosor de un cabello, pero muy resistente. El hilo iba saliendo del interior del dólar como el hilo de una araña de la boca de esta.

Conectó el hilo en el otro lado de la máquina como si fuera un carrete de película. Después, estiró de un resorte y una cabeza grabadora de alambre sujetó el hilo en el centro de la cámara.

Spencer sudaba cada vez más. La camisa se le pegaba a la espalda ya empapada.

—Bueno, ahora a grabar.

Oprimió el disparador y el finísimo alambre comenzó a pasar de un lado a otro de la cámara fotográfica en la que había camuflado un grabador magnético.

Spencer vertió verbalmente en el hilo metálico toda la información obtenida en Inagua. ¿Tendría tiempo de grabarlo todo? ¿Viviría todavía cuando el alambre hubiera pasado enteramente por la cabeza grabadora?

Spencer no estaba seguro de nada. Su información era muy valiosa para su país, pero en aquellos instantes, su vida no valía ni el simbólico dólar de plata.

Consiguió grabarlo todo, pero no estuvo más tranquilo. Si la información se perdía, todo habría sido inútil.

Retornó el hilo al interior del dólar hueco y colocó la película en el lugar correspondiente. Después cerró la máquina fotográfica guardando el dólar en su bolsillo junto con otras monedas.

Aún tintineaban las monedas en su bolsillo cuando se oyó el estridente timbre del teléfono.

Despacio, como si temiera cogerlo, Spencer se aproximó al aparato. Tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—¿Señor Spencer? —preguntó una voz femenina hablando en su idioma, pero con el peculiar acento dulzón, casi cansino, de los centroamericanos.

—Yo mismo —respondió lacónico.

—Baje al *hall*, por favor. Le espera una llamada en la cabina confidencial.

—Está bien, señorita, ahora bajo —dijo pausadamente, como si meditara sus palabras.

Después, dio una ojeada a la estancia como catalogando en su mente cuánto había allí y del modo en que estaba colocado.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Cerró tras de sí, pero antes tuvo la precaución de pegar un cabello en a juntura de la puerta. Luego se dirigió al ascensor para descender al vestíbulo.

Sabía lo que significaba una llamada por la cabina confidencial.

Nadie la podía oír excepto si la policía la interceptaba, pues ni siquiera pasaba por el control de la telefonista.

Aquel teléfono, situado en los hoteles de gran lujo, servía fielmente a los magnates de las finanzas. Podían conversar tranquilamente en su período de vacaciones sin que sus competidores obtuvieran información.

Cada hotel garantizaba una reserva absoluta en aquella cabina donde el precio por llamada era triple.

—¿Me llamarán desde la embajada? —se preguntó dubitativo.

Pronto saldría de dudas. El ascensor acababa de dejarle en el *hall*.

Sillones, sofás, mesitas bajas y gente sentada con indolencia, leyendo un diario, esperando un coche o vigilando. Al menos, esta impresión dio a Spencer al sorprender una mirada por encima de uno de los periódicos abiertos.

No se preocupó, y con paso resuelto se dirigió a las cabinas telefónicas. Se encaró con la confidencial donde una luz roja advertía: «OCUPADA».

Apenas se llevó el auricular al oído escuchó una voz grave. Hablaba su idioma correctamente, pero Spencer habría jurado que su interlocutor no era norteamericano.

—Señor Spencer, escúcheme bien.

—¿Con quién hablo? —inquirió seco.

—Con un amigo que desea comunicarle algo. Ahora, no vaya a cometer la tontería de colgar, podría sufrir un percance. Fíjese, fíjese a través del cristal.

Spencer obedeció instintivamente. Había la gente del *hall*, en apariencia desocupada, distraída o esperando.

—Bien, ya está. ¿Qué sucede?

—Pues que alguien de los que usted ha visto podría enviarle Un

regalo que seguro no podría digerir.

—No entiendo, no le entiendo nada.

Ante la negativa de Spencer, la voz al otro lado del hilo habló con una seguridad que no dejaba lugar a dudas.

—Vamos, vamos, señor Spencer; sé muy bien que usted pertenece a la CIA.

—Ignoro de qué me habla.

—Píjese yo sí, señor Spencer.

—Entonces, dígame quién es.

—Ya se lo he dicho, alguien que quiere aconsejarle.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es su consejo? —preguntó el norteamericano sintiendo que dentro de la estrecha cabina su sudor se agudizaba.

Ni en un baño de vapor habría sudado tanto como encerrado entre aquellas maderas y cristales que podían convertirse en un ataúd.

—Mi consejo es que suba a su habitación y haga su equipaje. Tome un taxi a la puerta del hotel y coja el avión para su país que sale dentro de treinta minutos exactamente. Ah, no trate de telefonar a su Embajada. Todos los teléfonos que usted pueda coger estarán interceptados por mí.

—¿Es usted poderoso?

—Podría ser —habló con suficiencia—. Lo que sí puedo decirle es que si trata de llegar a su Embajada o no toma el avión en que tendrá plaza reservada, morirá. Sí, morirá por una bala que usted ni siquiera verá. Señor Spencer, un «Boeing» aguarda en el aeropuerto de nuestra querida Inagua. Márchese en él y no vuelva más por aquí.

—No se atreverán a matarme —advirtió Spencer—. Mi país...

—Sí, ya sé que Inagua guarda muy buenas relaciones con Estados Unidos. Por ello intentamos que abandone la nación con vida. No queremos incidentes con nuestros aliados, pero si no obedece sucederá lo inevitable.

—¿Y qué dirán a Washington? —preguntó con sequedad, visto que ya no podía ocultar su personalidad.

—Mi Gobierno le pedirá excusas por lo sucedido y dirá que ya tiene al asesino que resultará un delincuente vulgar al que no tendremos el menor inconveniente en ejecutar delante de su embajador para que quede contento.

—Lo tiene todo bien planeado, ¿eh?

—Vamos, señor Spencer, solo le quedan veintisiete minutos y recuerde que el avión no espera a nadie.

Spencer escuchó el clic proveniente del otro lado del hilo. El hombre que le expulsaba del país, amparándose en el anónimo, había colgado.

Spencer sabía muy bien que en su profesión no se bromeaba. Podían contarse por docenas los agentes de la CIA asesinados en los países centroamericanos.

Inagua, una nación solo controlada en su costa y ciudades, poseía vastas extensiones de selva cuyo suelo no era hollado por las botas claveteadas de la policía. Resultaba demasiado peligroso hacerlo. Por tanto, era fácil morir asesinado en un país como aquel.

Abandonó la cabina y tuvo que abrirse el cuello de la camisa, se ahogaba. Tomó el ascensor y regresó a su habitación. Se detuvo preocupado al ver que el pelo que había dejado en la juntura de la puerta había desaparecido.

—¿Habrán entrado?

Pronto obtuvo respuesta.

Al entrar en la estancia, casi estupefacto, descubrió que la única maleta que tenía se hallaba dispuesta. A su lado estaba la cámara fotográfica.

Con manos presurosas abrió la cámara y se dio cuenta de que faltaba el carrete.

Sonrió y suspiró un tanto tranquilizado. No habían sospechado por el momento, pero por precaución se habían llevado una película en la que solo hallarían algunos trozos velados y un montón de imágenes turísticas de la ciudad.

Miró el teléfono. Sintió ansias de llamar a la Embajada y a duras penas se contuvo diciéndose que sería inútil. Quienes habían podido hacer sus maletas en tan breve lapso de tiempo debían estar en todas partes acechándole.

Tomó su maleta, salió de la alcoba y bajó al *hall* deteniéndose en conserjería.

No quería que le detuvieran en el aeropuerto por pagador moroso o algún otro cargo semejante que permitiera a sus enemigos encarcelarlo para interrogarlo.

—Su cuenta ha sido satisfecha ya, señor Spencer —le dijo el

conserje.

—¿Por quién? —inquirió sorprendido.

—Lo ignoro, señor, pero está pagada. Buen viaje, señor Spencer. Aquí tiene toda su documentación y el boleto para el avión que había pedido.

Apretando las mandíbulas, pero demostrando naturalidad, temó los papeles y sin articular una sola palabra más, ante la sonrisa suficiente del empleado del hotel, salió a la calle.

—¡Taxi! —gritó.

Casi inmediatamente, uno se detuvo ante él. El portero se apresuró a abrirle la puerta y a colocar el equipaje en el portamaletas.

El auto se puso en marcha a toda velocidad.

—Eh, espere. Todavía no le he dicho adónde voy.

—Sé que va al aeropuerto, señor Spencer. Su avión está a punto de partir —le dijo el conductor.

El norteamericano se sentía como un ratón encerrado en una jaula y rodeado de niños traviesos que están maquinando algo para divertirse con él.

—¿Quién les dirige? —preguntó a bocajarro.

—Yo no sé nada, señor Spencer.

—Sí sabe quien le paga. —Sacó una pequeña «Browning» y encañonó el cuello del chófer—. Le advierto que dispararé si no habla.

—No lo hará, señor Spencer, es demasiado listo —siseó el joven pseudo-taxista—. Le matarían a usted también. Sería fácil condenarlo a la horca por asesino.

—Pero si está solo, nadie iba a enterarse.

—Se equivoca, señor. Si mira por el cristal posterior verá que no estoy solo.

Ya nervioso, el estadounidense giró su rostro.

Vio un «Pontiac» negro que les seguía con varios ocupantes. Exhaló un prolongado suspiro de derrota y objetó:

—Es verdad, pero ¿qué piensan hacer conmigo? ¡Díganlo de una vez!

—Solo que se marche de Inagua, señor Spencer. No queremos líos con nuestros aliados de Washington.

Al llegar al aeropuerto, Spencer se apeó del auto y pidió:

—Mi equipaje.

—Ya se lo llevo yo, señor Spencer. Vaya usted al control de entrada de pasajeros o perderá el vuelo y el clima de Inagua es muy húmedo. Resultaría fatal para su reuma crónico, podría morir.

Antes de que descendieran los del «Pontiac», Spencer se metió en la sala de espera.

Buscó algo, sin saber a ciencia cierta el qué y de pronto se fijó en una máquina de pólizas de seguros, avalada por una firma norteamericana.

A ella tenían acceso quienes pudieran introducir cinco dólares norteamericanos en monedas. Era una facilidad que se daba a los miles de turistas yanquis para asegurarse en su vuelo de regreso a su país.

Spencer no lo pensó dos veces. Introdujo los cinco dólares de plata y pulsó el botón. Por una ranura salió una hoja que se apresuró a rellenar. Cortó la mitad de ella e introdujo el resto en el buzón de al lado. Su póliza de seguros estaba hecha.

—¿Qué hace, señor Spencer? —preguntó una voz a su lado.

Cuando se giró vio al taxista que le sonreía suspicaz.

—Una póliza de seguros. Por si me sucede algo, que mi viuda cobre aunque sea poco.

—No le ocurrirá nada, señor. Las líneas regulares de Inagua a Nueva York son muy seguras.

—Sí, sí, claro, un momento...

Puso unas monedas en la máquina de cigarrillos e introdujo varios billetes en la hucha de unos misioneros barbudos que andaban recolectando limosnas para las misiones del interior.

—Señor Spencer, el avión no espera —masculló el taxista va irritado.

—Sí, sí, claro. —Y sacando varios dólares se los puso en el bolsillo al propio chófer—. Por el viaje.

—No hacía falta que me pagara, pero, no importa, los dólares americanos tienen buena salida en mi país.

Spencer fue materialmente empujado hacia el «Boeing» en el que ya estaba acomodado todo el pasaje de turistas que efectuaba el regreso a su país natal.

Solo faltaba él, y la aeromoza aguardaba al pie de la escalerilla, impaciente. Un teniente de aviación hacia lo propio en lo alto de la

escalera, junto a la puerta.

El norteamericano miró hacia atrás y vio como los que habían surgido del «Pontiac» se llevaban a los sorprendidos misioneros.

«Los habrán tomado por contactos míos. Los compadezco, van a aburrirse un poco con los interrogatorios», pensó a la velocidad del relámpago.

Su equipaje, contra lo que él pensaba, no fue engullido por la panza del «Boeing» si no que se lo quedó el sonriente taxista que elevó la mano para despedirle.

Spencer lo vio a través de la ventanilla y le sonrió a su vez. En su maleta no iban a encontrar gran cosa. Lo único que le preocupaba es que identificaran la cámara fotográfica como una máquina grabadora. Si ello ocurría, comenzarían la búsqueda de la cinta grabada.

Con un silbido infernal, aquel monstruo volante puso en marcha sus motores a reacción.

Poco después, Spencer veía Inagua a sus pies.

La azafata pasó por su lado ofreciendo bebidas y se tomó un *whisky* de un solo trago; le hacía falta.

Durante más de tres horas, se internaron por encima de aquel mar verdoso que no era de agua si no de árboles, maleza, pantanos, muchos de ellos aún inexplorados por el hombre blanco.

—¿Otro *whisky*, señor? —preguntó la aeromoza tendiéndole la bandeja—. Le veo muy pálido.

Spencer se dijo que aquel rostro era bonito. Le habría gustado para su esposa una esposa que pese al anillo nupcial que lucía para disimular, no tenía.

De repente, todo se tomó rojo a su alrededor.

Lo último que había visto era el rostro de la aeromoza, al que no tuvo tiempo de ver retorcerse en una mueca de dolor.

Un fragor horrísono destrozó sus tímpanos y sintió un calor abrasador. Después, la nada.

El timbre del teléfono sonó en la habitación del motel.

Stanis Dom bostezó.

Alargó su brazo y tomó el auricular. A su lado, Mara bostezó también, quedamente. Era evidente que ambos tenían sueño.

—¿Diga?

—¡Stanis! —gritó la voz gruesa de un hombre al otro lado del hilo.

—Ah, Threwor, ¿eres tú? ¿Qué sucede ahora?

—Pero ¿estás loco? ¿Es que no sabes la hora qué es?

—No sé, por la ventana solo veo oscuridad, será muy de noche.

Miró a su lado y gracias a la débil luz que reinaba en la estancia, procedente del cuarto de baño, descubrió a Mara dormitando.

—¡Será que tienes la ventana con la persiana bajada! —chilló el bueno de Threwor al otro lado del hilo.

Stanis se incorporó de golpe sobre el lecho.

—¿Estás seguro?

—¡Y tanto que lo estoy! Son las once y veintiséis minutos. A las doce en punto comenzará la gran carrera de las quinientas millas de Indianápolis y aún tienes que pasar por el control de firmas, de modo que puedes ir despidiéndote de tu participación en la prueba y de la opción al título mundial.

—¡Eh, Threwor, espera!

Más, la comunicación se había cortado.

Stanis Dom saltó al suelo.

Era un hombre alto, fuerte de constitución y de cabellos negros revueltos y muy brillantes en su estado natural.

—Cariño, ¿qué sucede? —preguntó Mara desmayadamente.

Su cabellera pelirroja flotaba sobre la almohada como un incendio encima de la nieve.

Como respuesta, percibió el zumbido del agua de la ducha golpeando con fuerza en el rostro y cuerpo varonil.

—¡Stanis! —llamó sin abrir sus grandes ojos.

El hombre, moreno de piel y de musculatura ostensible, apenas se secó, y se vistió con la rapidez del relámpago. Ni siquiera se preocupó de alisar su cabello.

—¡Adiós, Mara!

—Cariño, ¿te vas? —exclamó ella sentándose en la cama de un brinco.

—Naturalmente. Tengo que correr en el autódromo y puntuar para el título mundial. No quiero perder mi puesto por ausencia injustificada.

—¡Aguarda, quiero ir contigo!

—Lo siento, no tengo tiempo para esperarte —dijo corriendo hacia la puerta que daba directamente al exterior.

Ni siquiera debía pasar por conserjería. Como era su costumbre, había pagado el alojamiento por adelantado. Muchas veces había tenido que salir disparado de los moteles por la misma causa: mujeres.

Su «Porch Porsche 912» amarillo le esperaba cerca... Se introdujo en él, pero antes de que hubiera podido cerrar la puerta, Mara estaba a su lado.

—Pero ¿ya te has vestido? —inquirió sorprendido, mirándola.

La pelirroja, que cerraba su blanco abrigo veraniego por delante, apretándolo en su cuello, movió la cabeza en sentido negativo.

—No he tenido tiempo.

El parpadeó y luego miró los pies femeninos. Iba descalza.

—Está bien, entra. Cuando termine la carrera o te aburras de verme correr, te vas a una «boutique» y que te vistan por debajo del abrigo. Ya me pasarás la factura.

Ella le besó en los labios.

—Gracias, querido, tú siempre tan caballero.

Mara tuvo el tiempo justo para pasar al interior del «Porsche» amarillo. Este salió disparado, y antes de entrar en la carretera general hizo chirriar sus neumáticos ruidosamente.

La autopista estaba cargada de tráfico, pero el «Porsche», rodando junto a la línea divisoria central, iba a velocidad de vértigo, sin tiempo para escuchar los improperios que le dirigían.

—Fíjate, Mara, seguro que todos esos van al autódromo. Van a verme ganar.

Ella se deslizó un poco en el asiento y se cogió a su brazo.

—¿Tan seguro estás de tu victoria, cariño?

—Sí, pero por un pelo no participo. Y yo que había dejado la ventana abierta para despertarme en cuanto saliera el sol...

—La cerré yo, querido. Tengo miedo a los mirones.

—Vaya, ahora sí que me sorprendes.

—No te burles, Stanis. En el fondo, yo...

—No sigas con ese cuento, ya que lo has explicado otras veces. Ah, y si te quitaras el abrigo en el autódromo, tu casa de publicidad te aumentaría el sueldo. Serías la sensación. Te mirarían más a ti que a los que nos jugamos la vida en la pista.

—¿Tan atractiva y hermosa soy? —preguntó sonriente, mostrando sus dientes perfectamente alineados.

Stanis no respondió, acababa de pisar el acelerador hasta el tope.

El «Porsche» pareció brincar sobre el asfalto. Aquel volante, en manos de Stanis Dom, parecía el de un simple coche de juguete para niños de siete años en las manos de uno de catorce.

Cuando llegaron a las proximidades del autódromo, se sumergieron en una marea de automóviles.

Ya cerca de la entrada a tribunas, un pelotón de policías impedía el paso a los vehículos motorizados.

—¡A la derecha, sigan a la derecha! —Gruñó más que dijo el agente que se interpuso ante el «Porsche».

—¡Si me voy por la derecha no podré tomar parte en la carrera, agente! ¡Soy Stanis Dom!

—¿Stanis Dom? —repitió asombrado—. ¿Y todavía aquí? ¡Pase, pase adelante y que tenga buena suerte!

—¡Gracias, agente!

El «Porsche» saltó ahora por entre medio del gentío que iba ocupando las tribunas.

Stanis Dom condujo su auto por el callejón de la parte posterior de los «boxes», deteniéndose frente al número tres.

Apenas lo había hecho, tocó el claxon de modo especial. De la cabina de acondicionamiento salieron disparados dos hombres totalmente distintos entre sí: Uno grueso y con bigote, era Threwor, y el otro delgado y rubio. Todos le conocían por «el Pecas», a causa de la invasión de metas oscuras que había en su piel a todo lo largo y ancho de su cuerpo blancuzco.

—¡Por todos los demonios, Stanis! ¡Falta poco para dar la salida y no va a retrasarse!

—Bien Threwor, bien, pero no grites. ¿Está listo el carro?

—Sí, preparado y lleno de esencia hasta los topes.

—Pues prepárame el traje mientras yo corro a firmar en el control.

—Te esperan impacientes. Algunos se alegrarán si no te presentas.

—Algunos no, todos —tartamudeó «el Pecas». Aquello le sucedía siempre cuando el nerviosismo le embargaba y este fenómeno siempre se producía al correr su jefe un gran premio como el que iba a disputarse en breves minutos.

Dom se olvidó de la pelirroja que caminaba descalza por el interior del «box» manteniendo sus manos sobre el cierre del abrigo para evitar que este se abriera.

—Menos mal que ha llegado, Dom —le dijo uno de los jurados de control de firmas—. Dese prisa en firmar o no va a hacer la salida a tiempo.

—No gruñan, no voy a pedirles que se retrasen por mí. A esos de ahí abajo que están haciendo rascar sus motores, podría darles cinco minutos de ventaja y aún los ganaría.

—Esperemos que así sea —sonrió irónico uno de los jueces.

Stanis tomó la pluma y la hoja de firmas. Miró al hombre, al que sabía no simpatizaba, y antes de firmar preguntó:

—¿Duda usted de que voy a ganar?

—Bueno, todas las apuestas están a su favor.

—¿Aceptaría una directamente contra mí?

El juez sonrió largamente.

—Recuerde que los pilotos no pueden apostar, va contra el reglamento, como en el boxeo. Quedarían descalificados si lo hicieran.

—De eso se libra, amigo, de eso se libra. —Y firmó alejándose luego raudo.

Por el camino fueron muchos los que le saludaron y desearon suerte.

Cuando llegó al «box» ya desvestido, «el Pecas» le echó encima el traje de cuero. En un abrir y cerrar de los grandes ojos de la pelirroja que le estaba observando, se embutió en él.

—¡No olvides pagar la factura que te manden de la «boutique», querido!

—Descuida. Mientras no vacíes la tienda, todo irá bien —dijo abandonando el «box» en dirección a la pista.

El «Ford-Cooper» que utilizaba como bólido era una máquina poderosa. Siete mil centímetros cúbicos en sus motores le daban

una potencia extraordinaria.

Se introdujo en el asiento y le dio a la llave de contacto poniéndolo en marcha, pues había sido calentado previamente por «el Pecas».

—¿Estará Henry Ford en la tribuna? —preguntó en medio del ruido de su motor.

Threwor, a su lado, cuidaba del último detalle mientras «el Pecas» hacía lo propio ayudado por los mecánicos de la casa Ford, prestados para aquella ocasión. Todos comprobaban que cada rueda tuviera su presión de aire justa.

—Sí, estará en la tribuna. También cuatro senadores y hasta un presidente.

—¿Un presidente? ¿De qué, Threwor?

Su ayudante y amigo tuvo que gritar para aclarar:

—¡Es el presidente de la república centroamericana de Inagua!

—¿León Vargas?

—El mismo, y su hijo de diecinueve años. Dicen que es muy aficionado a los bólidos.

—Pues su papaíto tendrá mucha plata para comprárselos —respondió irónico ajustándose el casco mientras empujaba su coche hacia la pista en el lugar que le correspondía.

—Seguro —asintió Threwor— tiene mucho dinero. Dicen que cuando viene a los Estados Unidos siempre pasa por Hollywood. Si al chico le gustan los coches de carreras, al papá los monumentos de carne y huesos.

Una voz ordenó repetidamente por los altavoces:

—¡Preparados los pilotos, preparados! ¡Alinéense al lado opuesto de la pista!

Todos los coches habían sido colocados excepto su «Ford-Cooper». Iguales a su marca corrían cuatro más. El resto eran de distintas marcas, sobresaliendo entre ellas las italianas y germanas.

Al acercarse su bólido al lugar correspondiente, hubo un gran griterío en las tribunas: lo habían reconocido.

Stanis Dom era uno de los favoritos mundiales en las carreras, y el Indianápolis tenía aún más adictos por ser él también norteamericano, de San Diego, California.

Cuando los mecánicos colocaron adecuadamente su bólido rojo, saltó del vehículo. Cruzó la ancha pista en su lugar de meta y salida

y se alineó de pie junto a sus compañeros, acabando de ajustarse el casco.

—Esperaba tener la suerte de que no viniera —le dijo con marcado acento italiano Borbone, que conducía un «Maserati».

—Pues yo me alegro —indicó al otro lado Moruais que conducía un «Matra»—. Así tendré la oportunidad de dejarte en ridículo.

—Espero que no lo consigas —respondió Stanis al galo.

—¡Este año ganaremos los «Ferrari»! —exclamó entre el griterío otro de los pilotos—. Corremos ocho «Ferraris», uno u otro ganará.

Stanis no contestó. El juez de meta alzaba ya la pistola hacia el cielo. En cuanto oprimiera el gatillo, la gran carrera de las seiscientas millas habría comenzado.

Bajo el sol intenso todo era un panorama multicolor: Cascos a rayas, trajes de cuero, el azul nítido del firmamento, multitud de puntos de colores que no eran otra cosa que vestidos en las tribunas y por último los relucientes bólidos dispuestos a gastar sus pastillas de caucho en la perfecta pista del autódromo de Indianápolis.

¿Cuántos morirían en aquella competición? Nadie lo sabía, pero bajo la alegría, el nerviosismo y las banderas de fiesta, se agazapaba la tragedia.

Blancas ambulancias esperaban atentas en los recodos más peligrosos del circuito.

Los pilotos que competían no parecían hacerlo por el deseo de llegar a la meta, sino por abrazar a su enamorada la muerte. Los ojos brillaban tras los cristales de sus amplias gafas protectoras. Sentían sed en sus labios secos por la emoción.

En aquel instante, la detonación.

Un griterío inmenso hubiera ensordecido a Stanis Dom y a sus compañeros de carrera de no tener los oídos protegidos. Oían, pero el cuero amortiguaba los sonidos en un elevado tanto por ciento.

Stanis corrió cuánto sus piernas le permitieron. La carrera comenzaba a pie. Había que cruzar la ancha pista, montar en el coche y ponerlo en marcha.

Sin embargo, al principio de la carrera Stanis Dom no tendría la suerte que esperaba.

Tras saltar al interior del coche y poner la llave como sus compañeros para activar el motor, sucedió lo imprevisto.



Stanis Dom no había cerrado aún la portezuela cuando el número cuatro pasó ya con el bólido en marcha, un «Brabham», y le arrancó la portezuela haciéndola saltar de sus goznes.

El público, excitado, sorprendido y nervioso, se puso en pie. La portezuela del bólido número tres, un «Ford Cooper», había saltado por el aire, sobre la pista.

Todos temían la tragedia, pero vieron como el «Brabham», con un chirrido infernal, retornaba a su «box». El guardabarros, al chocar contra la puerta, se había aplastado contra el neumático delantero. Sus mecánicos tendrían que ser unos artistas para volver a poner en carrera el auto averiado.

Moruais, el galo que conducía el «Matra» sonrió al ver a Stanis Dom sin la portezuela, como desprotegido sobre el bolido.

—¡Adiós, Stanis, que tengas más suerte en Le Mans!

—¡Maldita sea! —Gruñó Stanis.

Threwor se había tapado los ojos con ambas manos como no queriendo ver nada y «el Pecas» se había llevado las manos a la cabeza mientras el resto de mecánicos interinos hacían gestos evidentes que traslucían su mala suerte.

Todos esperaban que el campeón regresaría a su cabina de acondicionamiento, más sucedió todo lo contrario.

Stanis enderezó el bólido, ya que en el encontronazo había sido desviado, e hizo roncarse el motor. El «Ford Cooper» de siete mil centímetros cúbicos se lanzó en persecución de sus compañeros, ya que en el incidente había quedado en la cola.

Un alarido de alegría, de ánimo, llenó el cielo de Indianápolis, pero los entendidos sabían que aquello de nada serviría.

Era el motor, el resto del bólido, quienes tenían que responder. Allí no solo mandaba la voluntad, había algo más: el tecnicismo y el buscar la muerte. Solo si se unían los tres símbolos de la ecuación se obtenía el triunfo.

El aire no resbalaría ahora por el costado del «Ford Cooper». Parte de él se introduciría por el hueco de la portezuela que faltaba, formando un remolino de succión y freno que reduciría velocidad.

Sintiendo que el aire le entraba como a presión por su lado izquierdo, consiguió poner el auto a ciento cincuenta millas por hora. Había comenzado mal, pero deseaba rehacerse costara lo que costara. No pensaba satisfacer a unos cuantos.

Stanis Dom saludó al primero que rebasó, uno de los «Matras».

Luego le sucedió un «Ferrari» y por último dos «Maserati» que marchaban delante de este. La potencia del «Ford Cooper» semejaba diabólica.

Todos esperaban que de un momento a otro el bólido de Stanis Dom fallara. En el encontronazo podía haberse estropeado algo más que la portezuela. Sin embargo, el piloto californiano seguía adelante.

El triunfo estaba lejos aún, pues a la cabeza iba Moruais con su «Matra». Le seguían tres «Ferraris», y los otros tres «Ford» y un «Lotus». Todos le llevaban una ventaja sustancial que los tres primeros iban acrecentando.

Pero Dom no desesperaba. Se había visto en peores situaciones. Cada vez que cambiaba las marchas de su bólido, el aire parecía ser cortado por un trueno prolongado.

Mientras sus pupilas escudriñaban cada pequeño desnivel de la pista y sus manos cambiaban mecánicamente las marchas en el momento preciso frente a un cambio de rasante o a la siguiente curva, Dom escuchó de pronto una voz que le hizo pensar, por un instante, que se había vuelto loco.

—Stanis Dom, escúcheme.

—Pero ¿quién diablos me habla? —se preguntó mirando en derredor con rapidez para no perder el control del bólido y estrellarse contra el mismísimo público, cometiendo una masacre y tiñendo de sangre la mañana del domingo canicular.

—No me busque, Dom. Soy una de esas millares de cabezas que hay en la tribuna y que usted no puede apreciar.

—Pero ¿cómo me habla? —gritó temiendo que la demencia se adueñara de él.

Había oído hablar de la locura de la gasolina, de la velocidad, más la borrachera del juego de la muerte acababa por llevar el vehículo contra una barrera o un poste y no a oír voces desconocidas.

—Controle su bólido y no se preocupe demasiado, le estoy hablando por radio. En el interior de su casco tiene acoplado un auricular camuflado y también un micro. Ambos aparatos son minúsculos, pero yo puedo hablarle y escucharle.

Stanis soltó una mano del volante y se palpó el casco que había

acoplado rápidamente mientras se preparaba para la carrera, pero no halló nada anormal en él. Ambos aparatos electrónicos debían estar camuflados en el acolchado del casco.

—¿Me oye, Dom?

—Por ahora no me queda otro remedio que escucharle, aunque si me preocupa demasiado voy a estrellarme sin remedio.

—No lo haga. Quien le habla es un inspector de la CIA. Supongo conoce la organización.

—Desde luego, pero ¿qué quieren de mí? No soy ningún espía ruso ni cubano.

—Eso lo sabemos muy bien. Usted es Stanis Dom, nacido en San Diego, California y si continuara hablando se sorprendería de las cosas que conocemos sobre usted.

—Pero ¿qué pasa, es que hasta en las carreras de coches se meten los sabuesos del Gobierno? Solo me faltaría ya que me hablara el FBI.

—No se excite y tome bien la recta de la tribuna; le estoy viendo llegar.

A través del auricular, Stanis pudo escuchar el ronquido del bólido que conducía. El supuesto inspector de la CIA que le hablaba por radio, estaba en la tribuna, no cabía duda.

—Yo nunca me excito, amigo. Tengo los nervios de acero. Ahora, explíqueme para qué ha preparado todo esto.

—El Gobierno precisa de su colaboración, Dom.

—¿De mi colaboración, para qué?

—Ignoro si se habrá enterado de que en la tribuna de honor está León Vargas, presidente de Inagua, un país aliado, y su hijo Pedro.

Y mientras conducía el «Ford Cooper» en persecución de sus compañeros, ansiando rebasarlos, cosa que no resultaba nada fácil debido al freno del aire que se introducía por el hueco de la portezuela, fue atendiendo a la extraña e inesperada conversación, una conversación de la que nadie se enteraba excepto ambos interlocutores.

—¿Me escucha, Dom?

Stanis profirió un ligero gruñido. No comprendía cómo le habían hecho aquella jugarreta para distraerle en medio de la carrera.

—¿Por qué no me hablaba personalmente? —gritó.

—Eso es fácil. Usted no va a conocer a ningún miembro de la

CIA, no interesa para la misión que debe llevar a cabo.

—¿Misión, yo?

—Sé que está sorprendido, pero el Gobierno ha pensado en usted. Sus medallas, ganadas en la guerra de Corea como piloto de caza, le convierten en un hombre de confianza.

—La guerra ya terminó hace mucho.

—La guerra no acaba nunca, Dom. Siempre hay fuerzas más o menos ocultas que amenazan nuestro país. Usted puede sernos de gran ayuda.

—¿Para qué?

—Al finalizar la carrera, el presidente León Vargas le propondrá que vaya a su país para enseñar a su hijo como piloto de carreras. Pedro Vargas es un gran aficionado a los bólidos.

—No podré aceptar su invitación. Tengo que prepararme bien para ir a Le Mans —gruñó haciendo chirriar las ruedas para adelantar a un compañero de carrera.

—No tema Dom, su tiempo en Inagua le servirá de entrenamiento y podrá participar igualmente en Le Mans, además de haberse embolsado una considerable cantidad de dinero por enseñar a Vargas «júnior». Si padre tiene mucha plata.

—¿Mucha plata?

—Sí, y es generoso cuando le interesa.

—Bueno, eso ya lo discutiremos luego al terminar la carrera, si es que la termino y no me estrello antes por culpa del aparatito que me han camuflado en el casco.

—Usted no sufrirá ningún percance. Como piloto de caza a reacción, sabe llevar muy bien un casco con auriculares. Como verá, lo hemos pensado todo.

—Sí, ya veo, pero ¿qué quieren que haga yo en Inagua?

—Dos cosas esenciales.

—¿A saber? —inquirió volviendo a oír a través de su auricular el ruido de su bólido al pasar nuevamente ante la gran y espectacular tribuna repleta de vociferante público al que ningún piloto escuchaba.

—Primero recibirá un aparato de radio a transistores que además de hacerle la vida amena, pues podrá usarlo cuando le plazca, tendrá que introducirlo en la caja fuerte del presidente Vargas. Allí, se olvidará del transistor.

—¿Y qué tiene de particular ese transistor?

—Eso no es cuenta suya, Dom. Usted solo se preocupará de que lo guarden dentro de la caja o lo introduce usted mismo.

—Está bien, esto parece divertido. ¿Cuál es la segunda cosa esencial?

—Un supuesto amigo suyo, llamado Jack Spencer, visitó Inagua no hace mucho y allí desapareció, es decir, su avión saltó hecho pedazos en la selva virgen de Inagua.

—¿Y quiere que lo busque allí?

—Esa será parte de su misión.

—¿Para qué, para traerme unos cuantos huesos de ese Jack Spencer como recuerdo?

—No. Usted buscará entre los restos un dólar de plata que tiene un punto negro en su canto.

—¿Un dólar especial? —Luego, agregó sin sorna—: ¿Contiene los clásicos microfilms?

—No contiene microfilms, pero sí algo de mucho valor para nosotros.

—¿Cómo qué? Si no me dicen más, no acepto nada.

—Está bien. Dentro del dólar de plata hay un finísimo alambre en el que está grabado un mensaje. Usted no podrá oírlo porque no tiene el aparato especial para transformar los impulsos magnéticos en notas son raras. Su misión consistirá en traernos ese dólar a Estados Unidos.

—¿Adónde, si ni siquiera sé quién es usted?

—Seguiremos poniéndonos en contacto con usted, no se preocupe. Pero, tenga en cuenta una cosa: Cuando termine esta conversación, usted se habrá olvidado de que habló con un inspector de la CIA y nada podrá probar al respecto. Si le sucede algo nada haremos para ayudarlo, ¿comprende?

—O sea, que si me cazan en este lío en el que usted trata de enredarme no tendré derecho ni a un trocito de mármol para mi tumba.

—Es usted muy irónico y es bueno que conserve el humor aun en los momentos difíciles. Le hará falta esa cualidad. Ahora...

—Eh, espere. ¿Cómo sabe que León Vargas va a con tratarme? ¿Se lo ha dicho a usted?

—No, simplemente que ha dicho que contrataría a campeón de

Indianápolis para maestro de su hijo.

—¿Tan seguro está de que voy a ganar?

—Sí, lo estoy. La verdad es que en el primer encontronazo, cuando se ha quedado sin portezuela, he dudado, pero luego he visto que se ponía otra vez en marcha y se rehacía. Es un verdadero campeón.

—No quiero halagos, sino respuestas concretas.

—Está bien, usted ganará. Fuera de los «boxes» acaba de llegar un tanque de esencia controlada para los coches que será comunicada a todas las cabinas menos a la suya. Los otros coches irán perdiendo velocidad a medida que avance la carrera. Usted ganará si esforzarse demasiado.

—¿Es una gasolina con menos octanos?

—No, es un carburante perfecto que resistiría un estricto análisis, solo que tiene disuelta una pequeña cantidad de glucósidos sintéticos que al quemarse se carbonizan y no se gasean, frenando, aunque de modo leve e inadvertido, los pistones de sus competidores.

Los ojos de Stanis centellearon y sus mandíbula se apretaron.

Tras una ligera pausa de silencio advirtió:

—Sí ustedes hacen eso, despídanse de mí como colaborador. Si gano ha de ser con nobleza.

—¡Espere, Dom! —llamó la voz que venía de las ondas, esta vez preocupada. El piloto de carreras resultaba un sujeto difícil.

—¿Qué quiere?

—No tenga remordimientos, comprenda que su coche está averiado. Le falta la puerta, el aire le reduce velocidad y...

—No quiero saber nada más —cortó tajante—. Si arreglan la carrera, búsquense a otro.

Y tras decir esto, se quitó el casco, irritado.

Al pasar frente a su box de aprovisionamiento, Threwor le hizo señales en la cabeza para que se pusiera el casco, pero Stanis hizo caso omiso de las señas y prosiguió en pos de una nueva vuelta al circuito de Indianápolis bajo el ardiente sol.

Sabía que si sufría un encontronazo, por pequeño que este fuera, saldría más perjudicado sin el casco protector, pero no quería dejarse convencer ante aquel triunfo que le prometían tan fácil.

En las trescientas primeras millas solo consiguió mantenerse

entre los seis primeros.

El «Matra» del galo estaba todavía muy por delante de él y tras este, dos «Ford» tan poderosos como el suyo propio.

Repuso carburante. Threwor trató de convencerle para que se pusiera el casco, pero Stanis se negó a ello y advirtió a «el Pecas»:

—Fíjate si ahí afuera hay un camión especial de esencia. Si ves que aprovisiona a alguno de los coches, me haces una señal afirmativa en la próxima vuelta que pase por delante de los «boxes». En caso contrario, un gesto negativo con la mano.

—Bien, Stanis —asintió el rubio y tartamudo «Pecas».

—Y Mara, ¿cómo sigue? —inquirió mientras le llenaban el tanque a presión.

—Al ver que se te rompía la puerta, ha buscado mejor compañía.

Stanis no se molestó lo más mínimo por aquella noticia. No quería a Mara, solo era chica de unas horas.

Stanis Dom no tenía tiempo que perder, sus segundos habían sido contados.

De nuevo se lanzó a la pista. La puerta no le había podido ser colocada y el aire seguía frenándolo. Sin embargo, su pie apretaba el acelerador hasta el fondo, tomando las curvas de un modo que producía escalofríos los espectadores. Tenía que ganar el tiempo que el coche le hacía perder, y pensaba ganarlo en las curvas.

Cuando le veían llegar, los espectadores salían huyendo prácticamente de las vallas. Dom producía un chirrido de mil demonios mientras el coche patinaba sobre la pista. Todos temían que en una de las curva saliera despedido por encima de las aceras al perder el control del automóvil.

Cuando de nuevo pasó ante «el Pecas», este le hizo una señal negativa. No habían utilizado el nuevo tanque de esencia. Stanis sonrió satisfecho; la carrera no había sido trucada.

En las cien últimas millas rebasó a sus propios compatriotas, colocándose en segundo lugar tras el «Matra» al que fue persiguiendo casi con saña.

Las millas se reducían. El coche semejaba hervir y su plancha exterior quemaba a causa del sol y la velocidad.

Las ruedas estaban desgastadas en su mayor parte y el motor puesto al máximo rendimiento, corría el riesgo de estallar o rajarse

en el bloque.

Cada vez que pasaba frente a la tribuna, un grito, casi un alarido multiforme, salía de todas las gargantas reunidas, animándole. En las rectas, el galo comenzaba a mirar hacia atrás, preocupado. Su enemigo iba ganando terreno.

Al fin, ya pálido, Moruais vio cómo el «Ford» se colocaba a su lado.

Trató de desviarlo con su coche hacia las valla pero en aquel instante Stanis levantó el pie del acelerador, perdiendo unos metros.

El «Matra» encontró resistencia y se ladeó por su propia inercia hacia las vallas, saliendo unas yardas de la pista. Regresó a ella, pero ya casi todo se había perdido. El «Ford Cooper» se había colocado delante de él.

El francés quiso recuperar inútilmente. Stanis Dom no tardó en pasar la bandera cuadriculada de meta. Había vencido.

Llegó el apoteosis del triunfo. Gritos, vítores, estrechar de manos y vuelta de honor al circuito con sus mecánicos sobre el bólido que tan magníficamente había respondido.

Cuando regresó a su cabina tras recoger el trofeo de campeón puntuable para el mundial, Stanis se encontró a un hombre de estatura mediana y grandes bigotes blancos como su cabello.

Cubría sus ojos con unas gruesas gafas de sol que ocultaban sus ojos, tapando incluso parte del rostro.

A su lado, un joven delgado, algo nervioso y que miraba al campeón casi reverentemente. Tras los dos personajes había varios que Stanis no dudó en calificar como guardaespaldas o algo por el estilo.

—Señor Dom, soy León Vargas, presidente de Inagua, país aliado de los norteamericanos.

Stanis sonrió.

—Que lo sean por muchos años.

—No dude que así será. Yo llevo las riendas de mi país y sé bien lo que a este le conviene.

—Papá, habla al señor Dom de lo que interesa.

—Está bien, hijo, está bien. —Carraspeó y prosiguió—: Es usted el mejor piloto de carreras que existe actualmente.

—Ese es mi deseo, señor presidente —respondió Stanis dejando que el joven lo observara a placer.

—Bueno, verás, mi hijo también es aficionado a las carreras. No, no es que vaya a participar en ninguna, pero el chico tiene su «hobby» y si yo puedo pagárselo...

—Concrete, señor presidente —apremió Stanis—. Estoy cansado.

—Bien. Veníamos a contratarlo para que enseñe todos los trucos de las carreras y el perfecto manejo del volante a mi hijo. Naturalmente, eso sería en Inagua, donde regresamos inmediatamente.

—¿Me propone que vaya a Inagua como instructor de su hijo? —preguntó Stanis torciendo el gesto con aire sorprendido y nada alegre.

Gracias al misterioso personaje de la CIA, que se había hecho escuchar a la fuerza y por un medio bastante original, Stanis sabía ya lo que iban a decirle.

—Sí, esa es nuestra intención —ratificó León Vargas.

—Será maravilloso para mí que Stanis Dom, el gran campeón, me enseñe como se conduce un bólido —dijo Pedro Vargas.

—¿Sabes lo que es un bólido, muchacho? —preguntó Stanis.

—Sí, tengo un «Ferrari» y un «Maserati».

—Caramba, en ese caso me callo. Debes de tener mucha plata, esos coches son muy caros.

—El suyo no lo es menos —opinó Vargas padre.

—Psht, cumple. En cuanto a su propuesta, lamento decirles que debo prepararme para correr en Le Mans y eso lleva tiempo, trabajo y muchas pruebas.

—En Inagua tenemos un autódromo que si bien no es tan perfecto como este, sí resulta muy bueno. Allí podrá entrenarse junto con mi hijo. En cuanto al tiempo y al dinero, no va a faltarle.

—¿Me está haciendo una oferta?

Stanis no olvidaba que, pese al premio que acababa de ganar, tendría que sufragar los gastos de reparaciones de su coche, pagar a los mecánicos, la factura que Mara le enviara a su «boutique» y quizá algunos regalitos a otras amigas.

—Sí. Le ofrezco doscientos mil dólares por todo el tiempo que esté con mi hijo. Naturalmente, sus coches serán trasladados por cuenta del estado en la compañía aérea Inagüesa.

—Si me da tantas facilidades, tendré que aceptar.

Threwor y «el Pecas» miraron a su jefe con entusiasmo. Aquella

era una inyección económica excelente para sus bolsillos. Estaban de enhorabuena.

Una voz femenina y agradable se dejó oír de pronto, exclamando:

—¡Stanis, te he buscado por todas partes, pero te rodeaba tanta gente!

—Hola, Mara, ¿qué tal te ha ido a ti por las tribunas? —le preguntó irónico.

El estadista observó atentamente a la bella pelirroja y enseguida reparó en sus pies.

—Señorita, ¿no resulta peligroso ir descalza? Podría encontrarse con un cristal.

Ella se lo quedó mirando y Stanis, aprovechando el murmullo de la gente, le dijo de un modo casi inaudible para que solo le oyera la mujer:

—Es el presidente de Inagua y me ha ofrecido un contrato por doscientos de los grandes.

Ella no respondió a Stanis y sí a León Vargas.

—Pues sí, tengo los pies algo cansados. Necesitaría un baño rápido. Es que he perdido los zapatos en...

—No importa dónde, señorita.

—Llámeme Mara...

—¿Quiere ir en uno de mis coches? Naturalmente en el mío no puedo ir acompañado por mujeres, no estaría bien visto y en su país la profesión de fotógrafo de Prensa está tan bien pagada que uno se los encentra hasta en la sopa.

Todos rieron y Mara se alejó con León Vargas. Stanis suspiró, se la había quitado de encima.

De pronto, un niño entró en la cabina. Se detuvo admirado junto al bolido ganador y luego se hizo oír por el campeón.

—¡Señor Dom, señor Dom!

—¿Qué sucede, pequeño? ¿Quieres una foto dedicada? El chico, que llevaba una caja bajo el brazo, miró a Threwor y luego se encaró con Stanis.

—Señor Dom, traigo un regalo para usted.

—¿Un regalo?

—Sí, esto.

Y le entregó la caja, marchándose corriendo.

—¡Eh, chico, espera! —gritó Stanis.

Pero el chiquillo se disolvió con rapidez en la multitud que desfilaba hacia las zonas de aparcamiento repletas de vehículos.

Stanis Dom abrió el paquete rectangular y algo pesado. En su interior apareció una radio a transistores del tamaño grande.

—Mira, Stanis, pone «Felicidades y suerte en Inagua» —leyó «el Pecas» mirando por encima de su hombro tras ponerse de puntillas.

—¿Será del presidente? —inquirió Threwor.

—Quizá. Lo que voy a hacer es no separarme de él.

Y sin cambiarse, se colocó el aparato bajo el brazo y se dirigió en busca de su «Porsche 912», siendo saludado por la muchedumbre.

Una chica de cabellos negros le aguardaba. Lo que tendría que hacer un pequeño esfuerzo para recordar dónde.

El «Buick» negro de Juan Ramírez, director general de seguridad en Inagua, tenía las ruedas y los bajos llenos de barro. El camino por la jungla era infame, plagado de chascas de exuberante y molesta vegetación.

Atardecía en la selva centroamericana, más aún hacia un intenso bochorno que convertía la ropa en algo molesto y pegajoso.

De pronto, una puerta de alambres de espinos de casi un metro de grosor, les cerró el camino. A ambos lados le dicha puerta, las alambradas se prolongaban dejando un círculo de tierra cerrado para los extraños.

El auto se detuvo. Juan Ramírez, acompañado por tres de sus hombres más adictos, ni se molestó en sacar la cabeza por la ventanilla.

Cuatro centinelas, a la vez guardianes de aquella puerta perdida en la jungla, salieron a recibirles metralleta en mano.

El lugar estaba fuertemente custodiado, pero no había ningún letrero que indicara algo extraño. Solo doscientas yardas antes de llegar a la puerta de alambres, un rótulo advertía tajante: «Rigurosamente prohibido el paso. Peligro de muerte».

—Buenas tardes, señor Ramírez —dijo el oficial que custodiaba la entrada.

—Bien, teniente, no voy a esperar más tiempo aquí.

El militar saludó tocándose la gorra con los dedos y se volvió hacia sus hombres.

—¡Abrid inmediatamente!

La puerta, por medio de unos cables de acero camuflados entre la alta y espesa vegetación, se izó en el aire, ya que los cables llegaban hasta la copa de los recios árboles tropicales donde unas poleas ayudaban a subir la puerta de espinos.

El «Buick» hizo roncar el motor y pasó bajo los alambres. Y en el interior del cerco, la puerta bajó tras ellos.

Cincuenta yardas más adentro, otra puerta de madera y alambres de espinos tomó a cerrarles el paso.

Allí había un segundo cerco dejando un pasillo circular de casi cincuenta yardas de anchura, donde dos docenas de perros entrenados vigilaban atentamente que ni siquiera un animal pudiera introducirse.

El lugar estaba custodiado sólidamente por dos secciones de

soldados paracaidistas, mercenarios todos ellos.

El sargento que custodiaba la segunda puerta la hizo girar sobre sus goznes del costado, dejando libre el paso al «Buick» que se introdujo en el círculo interior, en apariencia desierto y lleno de la misma densa vegetación.

Aquel lugar no podía verse desde el aire, y era muy difícil de descubrir pese a solo distar dos horas de la capital de la nación, pues la gente no era aficionada a introducirse en aquella selva virgen donde las hormigas eran como arañas y las arañas como los puños de un hombre, dejando aparte los letales escorpiones y toda una gama de serpientes venenosas, sin contar con los mosquitos gigantescos transmisores del paludismo y fiebres de todas clases. Una herida allí, rodeado de hojas, troncos y vegetación podrida, se convertía en un eccema rápidamente, un eccema de difícil curación. El terrible jaguar también tenía su parte del botín humano.

Al fin, el «Buick» frenó en un claro de aquel trozo de jungla resguardado contra toda clase de intrusos.

El chófer introdujo el vehículo en una gran cochera cuyo techo estaba cubierto por lianas y toda clase de ramajes que lo camuflaban desde el aire.

—Veo que ya ha venido el general Laguardia —dijo Juan Ramírez en voz alta.

En efecto, allí había dos *jeeps* más, provistos de ametralladoras pesadas y una tanqueta todo terreno, capaz de infiltrarse en la jungla y sumergirse gran parte en el barro.

Un cañón de cinco milímetros indicaba que no era un simple juguete, sino algo peligroso y contundente.

Junto con sus tres hombres, que al igual que él vestían de paisano, Ramírez abandonó la camuflada cochera para encaminarse a la casa de madera y que presidía el claro.

Aquella casa no se diferenciaba gran cosa de la que pudiera poseer un recolector de caucho silvestre. Por su parte exterior era más que vulgar, pero en su interior poseía paredes dobles de cemento armado y varios nidos de ametralladoras, así como pequeños cañones camuflados para el caso de un ataque sorpresa.

Aquel refugio había sido construido para las reuniones clandestinas de altas personalidades del Gobierno de Inagua.

No muy lejos de la casa y en medio del claro, un helicóptero de

cuatro plazas aparecía cubierto por una red de camuflajes llena de hojas artificiales cosidas a ella. Desde lo alto era prácticamente imposible descubrir el artefacto volador.

—También está aquí el general L'acroia. Veo que soy el último —dijo Ramírez, el jefe de toda la policía.

Era de baja estatura, delgado, de ojos redondos y tan nerviosos como sus dedos en constante movimiento.

—¡Agua, agua, por Dios, un poco de agua!

Los cuatro hombres se volvieron hacia donde el claro terminaba, un lugar donde el sol caía con toda su fuerza.

Entre dos árboles, un hombre con el torso desnudo y cubriéndole el rostro una barba descuidada.

Aquel infeliz sufría la tortura de la sed y el sol que caía implacable sobre él, ya que no podía moverse. Cada una de sus manos se hallaba sujeta fuertemente por cuerdas a un árbol, y sus pies también desnudos aparecían atados a sendas estacas clavadas en el suelo.

Juan Ramírez sonrió e hizo un movimiento a sus hombres con la cabeza.

—Vamos a verlo.

El centinela se cuadró ante la presencia del director general de seguridad, que era quien en realidad había hecho llevar aquel hombre allí.

—Hola, Esteban.

—¡Señor Ramírez, señor Ramírez, agua, agua por piedad!

El jefe de policía miró al prisionero. Tenía los labios cortados y amoratados a causa de la sed. No se apiadó de él, todo lo contrario; sonrió.

—¿No te decides a hablar, Esteban?

—Señor Ramírez no sé nada más, se lo juro, nada más.

De repente, Ramírez modificó su rostro adquiriendo una expresión de odio.

—¡Pues tenías que saber más, mucho más!

Su mano abofeteó el rostro barbudo haciéndolo ir de un lado a otro hasta que la sangre manó en la boca del prisionero.

—¡Es usted despreciable! —Escupió Esteban.

—Vámonos —dijo a sus compañeros. Mirando al centinela añadió—: Ni una sola gota de agua. Ya tiene bastante con la sangre

que le humedece la boca.

—A la orden, señor —asintió el guardián, uno de los paracaidistas de tierra a las órdenes del general La— guardia.

Cuando llegaron a la casa, los centinelas les abrieron paso. Luego, en el interior, quienes le recibieron y montaron guardia no fueron soldados, sino miembros de una brigada especial a las órdenes del director general de seguridad, policías que no se preocupaban lo más mínimo de ladrones y asesinos vulgares. Ellos llevaban la parte política.

—Quedaos aquí —ordenó Ramírez a sus tres hombres de escolta.

Abrió una puerta y se introdujo en una sala centrada en la casona y llena de comodidades, entre ellas aire acondicionado que funcionaba como el resto de la electrificación gracias a un generador de energía eléctrica enterrado en el suelo para evitar que su ruido fuera descubierto.

—Buenos días, señores.

El coronel L'acroia y el general Laguardia siguieron sentados junto a la mesa rectangular. Fue el joven coronel del aire el primero en hablar.

—Diga buenas tardes, señor Ramírez. Pronto anochecerá.

—Sí, es cierto. —Mientras se sentaba, preguntó—: ¿Cómo les ha ido el viaje hasta nuestro cuartel general?

—Excelente —opinó el coronel—. Un helicóptero es un buen medio para viajar.

—A mí no me ha ido mal —dijo el general sin preocuparse de sonreír.

El jefe de los paracaidistas o lo que él llamaba «fuerzas de asalto por sorpresa», era un individuo de rostro duro y labios finos como si hubieran hecho su boca de un machetazo. Sus ojos eran pequeños y carecían de pestañas, casi de cejas, debido al color rubio de los cabellos.

El coronel L'acroia, por su parte, contrastaba algo con su colega militar. Era más joven y ligeramente más grueso.

La mesa frente a la que Juan Ramírez se sentó, poseía varios micrófonos instalados que bajaban desde el techo con brazos metálicos articulados.

A la cabecera de la misma, suspendida en el aire por el mismo sistema, había una cámara de televisión que enfocaba a los que allí

podrían reunirse. Bajo esta, sobre la mesa, un aparato monitor.

—Bueno, después de hablar del tiempo, creo que podemos empezar nuestra reunión. Este ha sido el motivo que nos ha conducido a este cuartel.

—Un cuartel que si es descubierto por nuestro amado presidente Vargas será convertido en pedazos como a nosotros mismos —sonrió el coronel.

—Voy a pulsar el botón para ponernos en contacto con nuestra cabeza visible que ha de gobernar el futuro Gobierno revolucionario de Inagua.

La mano de Laguardia cayó sobre la de Ramírez, impidiéndole pulsar el botón rojo que tenía a su alcance.

—Espere.

—¿Qué sucede, general?

—La verdad, a mí este sistema no me acaba de convencer. Preferiría conocer la identidad de nuestro presidente «X».

—Él no desea revelarla, nadie le conoce. Sin embargo, por ahora, él lo controla y coordina todo —explicó Ramírez.

—¿Y desde dónde? —inquirió L'acroía.

—Lo ignoro, sé tanto de nuestro presidente «X» como ustedes mismos. Sin embargo, tengo fe en él y sé que nos llevará a la victoria. Además, recuerden su promesa. El será la cabeza visible, pero seremos nosotros tres quienes dirijamos la nación.

Laguardia objetó:

—Podríamos gobernar la nación igualmente prescindiendo de él.

—Desde luego, pero Inagua no está en nuestras manos todavía, sino en las de León Vargas. Además, recuerden lo que sucedió al almirante Monterrey cuando quiso prescindir de nuestro presidente «X». Tuvo una muerte un tanto desagradable. Lo encontraron atado a un poste junto a un hormiguero gigante, es decir, hallaron su esqueleto y la documentación al lado. Yo no deseo correr su misma suerte.

—Ni yo tampoco, amigo Ramírez —aprobó el coronel del aire.

—Bueno —aceptó a regañadientes el general—. La verdad es que me agradecería saber algo más de nuestro futuro presidente. Podría jugarnos una mala pasada y si se nos coge en una situación como esta, se nos juzgaría por alta traición y no quiero acabar frente a un piquete de ejecución.

—Amigo Laguardia, no sea desconfiado. Si nuestro presidente «X» quisiera gastamos una trastada, lo habría hecho ya. Hace más de un año que estamos tramando el golpe de Estado que ha de derribar a León Vargas, ese ladrón que tiene un montón de nóminas de paga firmadas por personas que no existen y cuyos salarios pasan íntegros a sus arcas particulares. Además, se queda terrenos y otras muchas cosas que sería prolijo enumerar. Tolera la trata de blancas, la prostitución a gran escala, los estupefacientes y creo que hasta perdona a algunos asesinos siempre que estos tengan una buena bolsa para pagarle.

—Soy partidario de eliminar a León Vargas ahora mismo —expuso tajante el general Laguardia— y romper inmediatamente las relaciones diplomáticas con Estados Unidos que lo han apoyado hasta ahora. Al país le hace falta una férrea dictadura.

—Y estrechar las relaciones con el bloque soviético —añadió L'acroia sonriente, un inagües de abuelos franceses—. Ellos proporcionarían armas, buques, tractores y técnicos. Nuestro país adolece de gente perezosa e inexperta. Echaríamos a los norteamericanos y vendrían los rusos que son menos tolerantes. La gente trabajaría mucho más, aunque fuera por miedo. Yo también opino que una dictadura es lo que precisa Inagua.

—Sí, muy bien, todo está muy bien. Enviaremos al Estados Unidos al diablo, nacionalizaremos todas sus empresas y una férrea dictadura, con el apoyo soviético, gobernará Inagua. Encontraremos apoyo en seguida entre los miembros del pacto de Varsovia, pero si tratamos de dar el golpe de Estado ahora, será Hipólito Fernández quien suba a la presidencia de la república. Aún hay muchos que le apoyan. Antes hemos de minar la moral de los seguidores de Fernández, ya que podemos considerar que León Vargas ya está condenado a muerte. Es un hombre que no podrá escapar para disfrutar de su fortuna colocada en Bancos extranjeros. Ahora, creo que podríamos exponer ya nuestros puntos de vista al presidente «X».

Ramírez pulsó el botón rojo. Una luz piloto color verde se encendió tras la cámara televisiva que les enfocaba. Todos permanecieron en silencio, esperando, mientras en sus respectivas mentes bullían los planes de destrucción, de conjura, de derramamiento de sangre. El pueblo no podría escapar a aquella

masacre, ya que era difícil imponer por la fuerza una dictadura a unas gentes de idiosincrasia perezosa.

—Caballeros, celebro que nos hayamos reunido de nuevo —dijo una voz que salió por un pequeño altavoz colocado bajo la cámara televisiva.

Los tres hombres, como obsesionados, miraron a la lente. Tras ella se ocultaba el presidente «X».

—Presidente... —comenzó a hablar Ramírez.

—No, llámeme señor «X». Falta un poco para que ocupe la presidencia de Inagua, aunque espero que no sea mucho. Y saben, yo seré la cabeza visible, pero ustedes formarán un triunvirato para gobernar en realidad. Yo no persigo otro fin que liberar al país de un sujeto sin escrúpulos como León Vargas.

—De eso hablábamos nosotros hace unos instantes, señor «X» —dijo el coronel L'acroia.

—Me alegro de que pensemos todos igual. León Vargas es un ser despreciable cuyo cadáver será arrastrado por todas las calles de la capital de la nación, pero hemos de llegar lejos, mucho más lejos. Hay que evitar a toda costa que Hipólito Fernández ocupe la presidencia por sucesión. En apariencia, él es un hombre honrado, pero ¿quién nos asegura que no sea corrompido inmediatamente por el oro imperialista, por los asesinos y contrabandistas sin escrúpulos? Nadie. No pueden existir hombres débiles en el Gobierno de nuestra nación. Hacen falta hombres como ustedes, hombres de hierro, dispuestos a todo y, ¿por qué no decirlo?, formando triunvirato ninguno caerá en la tentación, por miedo a sus compañeros, de aceptar el oro yanqui. No, no queremos el oro imperialista sino un movimiento que haga temblar a los países vecinos e imponga férrea disciplina entre los miembros de nuestro país —dijo enfáticamente aquella voz extraña que salía por el pequeño altavoz.

El general Laguardia, con los ojos empequeñecidos, mirando fijamente la cámara que le observaba a su vez, preguntó directo e inquisitivo:

—¿Y cómo sabemos que usted no nos traicionará?

—Usted siempre tan desconfiado, general Laguardia.

Ya les he dado múltiples pruebas de mi poder, y yo les conduciré a la jefatura del Gobierno. Sin mí nada podrían. Aparte de estas

observaciones, quiero que sepan que estoy por encima del dinero, muy por encima de él. Solo ansío ver convertida a Inagua de dominada en dominadora. Sé que si firmamos pacto con el bloque soviético obtendremos armas nucleares y ¿qué no conseguiremos con ellas? El dinero local no nos interesa. Los países más ricos en la historia no han sido aquellos cuya tierra era más fértil en vegetación o minerales, si no los que han sido conquistadores.

—Inagua es pequeña para conquistar a ningún otro país —objetó Laguardia—. Creo que el coronel L'acroia, también militar, opinará lo mismo.

—Sí, es cierto —apoyó el coronel.

—Tiene poco armamento todavía. Si firmamos pacto con los que han de ser nuestros futuros amigos, tendremos armas a rebosar en nuestros almacenes y en un momento dado utilizaremos la sorpresa o el miedo. Yo les prometo que sin cultivar esta selva virgen nuestra nación será poderosa.

—Si atacamos a alguno de nuestros vecinos, Estados Unidos le apoyarán. Tienen pacto de alianza firmado con todos los países centroamericanos y sudamericanos.

Por el pequeño altavoz salió de nuevo aquella voz que nadie conocía.

—Sí, es cierto. Estados Unidos intentarán hacer frente a sus tratados, pero ¿cuántos minutos resistirán estos si se les hace saber que desde lugares estratégicos serán lanzados misiles nucleares que destruirán ciudades como Washington, Los Ángeles o Nueva York?

—Señor «X», yo confío plenamente en usted. Estados Unidos no se meterían con nosotros —dijo Ramírez—. Lo más importante ahora, lo que nos interesa a todos, es la jefatura del estado. ¿Qué tiene que decirnos sobre ello?

—Hay que esperar la ocasión propicia. León Vargas acaba de regresar de Estados Unidos. En el instante preciso, usted, general Laguardia y usted, coronel L'acroia, se apoderarán del palacio presidencial el uno y de las emisoras de radio y televisión el otro. Los órganos informativos son primordiales hoy en día. Luego, haremos salir por televisión a Hipólito Fernández. De eso se encargará usted, Ramírez.

—¿Yo, cómo?

—Sencillo. Usted tendrá dos misiones, es decir, todos tendrán

dos. La del momento de la acción y naturalmente la preparación. Deben ganar adeptos entre sus camaradas. Usted, general Laguardia, en el momento oportuno, se hará obedecer por todo el ejército de tierra aunque un grupo de oficiales, escogidos por usted, elimine a los generales y ayudantes que usted considere más peligrosos y molestos.

—Comprendido —aceptó Laguardia.

—Usted, coronel L'acroia, hará otro tanto. Quiero toda la aviación al servicio de nuestra causa. Solo la marina quedará, por el momento, como enemiga, pero procuraremos buscar adeptos en ella también. Bueno, les he dicho parte de lo que deben hacer, pero en especial usted, Ramírez...

—Le escucho, señor «X» —dijo el jefe de seguridad prestando suma atención a la cámara que le enfocaba al igual que a sus compañeros de conjura para realizar el golpe de Estado.

—Usted, como le he dicho antes, detendrá o capturará, emplee la palabra que más le guste, al sucesor en la mente del pueblo, a Hipólito Fernández. Le preparará un discurso que le obligará a leer delante de un magnetoscopio. Después, su voz será doblada y siguiendo los movimientos labiales, para que nada se note, el discurso será totalmente distinto al original leído por él. Claro que deberán preparar tal discurso con mucho esmero. Que ponga ímpetu, sinceridad, casi hasta lágrimas en él. Cada gesto suyo debe ser aprovechado para el nuevo discurso que no pronunciará él, sino la voz que le doble.

—¿Y qué deberá decir ese nuevo discurso? —inquirió Laguardia.

—Hipólito Fernández es una especie de patriarca para el pueblo de Inagua, ese pueblo perezoso que vive de la delincuencia o del dinero que traen los turistas americanos, dinero con el que pagan a gran parte de nuestras mujeres, que para ganarse la vida se prostituyen. A ese hombre no se le puede acusar, sería inútil, el pueblo no lo creería. Debe autoacusarse él en su discurso televisado de estar en complicidad con León Vargas para conducir a la nación al caos y a la esclavitud del mundo imperialista. El pueblo, que es tan imbécil, creerá. El seguirá diciendo que la jefatura del Estado está mucho mejor en nuestras manos, que pensamos reorganizar el país, sacarlo de la miseria, de la diferencia entre el rico americano que viene a tirarnos sus dólares a la cara y nosotros. Todos seremos

iguales, etcétera. En fin, el discurso será preparado en su día.

—¿Y cuándo será descubierta su personalidad, señor «X»? —inquirió el suspicaz Laguardia.

—En el momento oportuno, que será el del discurso de Hipólito Fernández, pues todos le creerán. Entonces descubriré mi identidad, antes no. No deseo que ningún traidor eche a rodar lo que he estado preparando durante años.

—Yo lo controlo todo, señor «X» —dijo Ramírez sintiéndose ofendido.

—Sí, lo controla todo, pero ya encontró un traidor y la CIA está recelosa, vigilante.

—El traidor está ahí afuera y ya confesó lo que había dicho al agente norteamericano.

—Sí, pero todo lo supimos gracias a nuestro contacto en la Embajada norteamericana. Ese traidor que tiene detenido ya no sirve para nada, elimínalo.

—Comprendido, señor «X». Sus órdenes serán ejecutadas sin dilación al salir de esta reunión, pero...

—Ramírez, yo desconfío de todo el mundo, y hasta que no tenga el poder en nuestras manos no me fían de nadie, por eso sigo conservando la incógnita. A partir de esta fisura que hemos tenido y en la que ha metido las narices la CIA, debemos andar con más cuidado.

—Logramos que el agente de la CIA no se comunicara con ninguno de sus compatriotas —objetó Ramírez—. Para ello lo metimos casi a la fuerza en un avión donde viajaban otras personas y le colocamos una borrea de tiempo, haciendo volar el aparato sobre la selva virgen. No se han encontrado ni sus restos, y el agente de la CIA, oficialmente, ha perecido en un simple accidente de aviación. Es más, desde Washington no hemos recibido ninguna nota de protesta, ya que la compañía inagüesa, por expresa orden mía, va a pagar la indemnización oportuna a los familiares de las víctimas.

—Es cierto Ramírez, pero los de la CIA no son tan fáciles de convencer. Uno de sus miembros ha desaparecido en misión especial y vendrán a buscar su pista a ver si dejó algún mensaje que usted no pudo encontrar.

—La película de la máquina fotográfica solo reveló paisajes.

—Hasta unos paisajes, situados en el orden adecuado, pueden ser un mensaje en clave —objetó el señor «X».

—¿Y qué es lo que hemos de hacer ahora? —inquirió Ramírez demostrando interés, preocupación y también acatamiento.

—Los de la CIA enviarán a uno o más agentes en busca de la información que pudo obtener Jack Spencer antes de que usted Ramírez lo destruyera.

El general Laguardia intervino preguntando:

—¿Cree usted que ese yanqui pudo enviar información?

—Yo no le di tiempo —atajó Ramírez—. Lo metimos en el avión prácticamente a empujones y sacrificamos la vida de unos cuantos inagüeses para no estorbar, de momento, nuestras relaciones con los norteamericanos y que estos no sospechen nada, pues inmediatamente se prestarían a ayudar a Vargas que es su aliado.

—Muy bien, Ramírez, pero Spencer pudo haber dejado el mensaje escondido en cualquier parte o pasárselo a algún contacto.

—Sí, señor «X», podría ser, pero detuvimos a cuántos pudieron tener el más mínimo contacto con el norteamericano y en los interrogatorios nadie ha sabido nada. También revisamos una póliza de seguros que se hizo en un automático del aeropuerto. En ella no había escrito nada de particular.

—Siga buscando, Ramírez. Podría ser que dejara algún mensaje en forma y lugar ignorado por nosotros. Para ello, lo mejor y más práctico es buscar a posibles agentes de la CIA que tratarán de infiltrarse en nuestro país.

—Haré vigilar estrechamente a todos los norteamericanos que vengan a Inagua.

—Buena medida —aceptó el hombre que se ocultaba tras los micrófonos y cámara televisiva—. Por cierto, van a llegar de un momento a otro tres norteamericanos. Pasarán mucho tiempo con el presidente y su hijo.

—Sí, se trata de Stanis Dom, el campeón automovilístico y sus mecánicos. Ha sido contratado por el presidente para instruir a sus hijos en los bólidos de carreras.

—Vigílelo, Ramírez. Puede ser un agente de la CIA.

—¿Un agente de la CIA el campeón de carreras?

Esta vez, quien habló fue el coronel L'acroia.

—Yo opino igual que el señor «X». Puede ser un espía.

—Bien, entonces le haré vigilar estrechamente y para ello tengo algo especial.

—¿El qué? —inquirió el general Laguardia también interesado.

—Una hermosa mujer que no se despegará de su lado ni a sol ni a sombra y que nos contará todos sus movimientos.

—¿Cómo se llama esa mujer? —inquirió el futuro presidente.

—Selegna Gymen.

—Esperemos que cumpla su trabajo.

—No tema señor «X», es adicta a la policía. Sabrá interpretar su papel a la perfección.

—Bien, pero si el tal Stanis Dom resultaba un miembro de la CIA, elimínelo y pronto. No podemos correr ningún riesgo. Manténgase en contacto con el hombre de la Embajada yanqui. El podrá informarle de algo.

—Así lo haré, señor «X» —aceptó Ramírez.

—Entonces, no prolongo más esta reunión. Cada uno de ustedes sabe lo que tiene que hacer para que triunfemos en nuestro objetivo. Saludos y buena suerte.

La cámara apagó su luz piloto verde y los tres hombres se miraron entre sí.

El señor «X» les dominaba, de ello no cabía duda, pero ¿quién sería el misterioso personaje? No lo sabrían hasta que llegara el momento del triunfo. De lo contrario, el señor «X» se disolvería en el anónimo y nadie podría acusarle de nada.

Los tres se levantaron dirigiéndose hacia la puerta. Tras ella, los hombres de Juan Ramírez en mangas de camisa y envueltos en densas humaredas, pues no hallan cesado de fumar, continuaban vigilando.

En la segunda puerta, los hombres del general Laguardia hacían otro tanto con sus metralletas.

Ya en el exterior, la noche estaba a punto de caer sobre la jungla. Algunos pájaros enmudecían para esconder sus cabezas bajo las alas mientras otros semejaban despertar, disponiéndose a cantar.

—General —dijo Ramírez— ya sabe cuáles han sido las órdenes de nuestro presidente «X». Debemos deshacer de Esteban. Haga que sus hombres lo conduzcan al pantano que hay dentro de nuestro círculo. Vamos a ejecutarlo.

Hizo una seña con la mano y un oficial se le acercó. Poco

después, Esteban, seguido por un pelotón y los res futuros componentes de la jefatura del Estado, se encaminaba al pantano.

—¿Qué van a hacerme? ¡Por Dios, agua, agua! —suplicaba el prisionero, empujado a culatazos, y con las manos sujetas a la espalda.

—Ahora tendrás toda el agua que desees —dijo el director general de seguridad con una sonrisa maligna.

Cuando llegaron a la charca, ordenó al oficial que atara los tobillos del reo.

—¿Van a ahogarme? —inquirió Esteban angustiado.

—No —denegó Ramírez—. Fíjate en esos ojos que aparecen tras el lodo. Están quietos, pero vigilantes, esperando a su presa.

—¿Los caimanes?

—Sí, nuestra fauna es pródiga en aligátos, unos hidrosaurios carnívoros por naturaleza. Es una buena fórmula para hacer desaparecer sujetos molestos como tú, Esteban.

—¡No, por Dios, no me echen a los caimanes!

—Oficial, termine de una vez —ordenó Ramírez indiferente a sus súplicas.

Dos de los hombres del oficial introdujeron sus botas en la charca, y solo al agitar el agua, las masas que parecían troncos semienterrados en el fango, comenzaron a moverse.

Esteban fue empujado violentamente hacia el interior de la charca, cayendo de bruces en ella.

Los aligátos siempre hambrientos, pues el apetito de un caimán es algo insaciable, se deslizaron hacia el agua. Esteban chapoteó, gritó siempre que el agua no se lo impedía al obturarle la boca.

De pronto se escuchó un alarido infrahumano. El agua fangosa comenzó a teñirse de rojo.

Uno de los saurios había alcanzado ya su presa e intentaba llevársela al fondo para enterrarla y proveer así su despensa para una posible hambre futura.

Sin embargo sus compañeros, que no eran pocos, quisieron disputarle el banquete.

Esteban quedó despedazado en pocos instantes. El agua semejaba hervir alrededor de su cadáver descuartizado. Minutos después, nada. Esteban había desaparecido en las fauces de los

aligátos, pero el lodo continuaba teñido de rojo.

—Señores, la ejecución ha terminado —anunció Ramírez impasible.

Poco después, el *jeep*, el «Buick» y el helicóptero desaparecían de aquel reducto fortificado y fuertemente custodiado del que ni siquiera León Vargas tenía conocimiento.

Apenas Stanis Dom se había dejado caer sobre la mullida cama que le ofrecía uno de los departamentos más lujosos del Grant Hotel de Inagua, con vistas al mar, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién será ahora? —se dijo ya cansado de recibir gente con parte de su abultado equipaje debido a la cantidad de piezas de repuesto que precisaba para sus coches.

Se levantó de un salto y sin preocuparse de cubrir su torso desnudo, su torso varonil, de hombros amplios y musculatura recia, se dirigió a la puerta abriéndola.

Dos mujeres, vestidas con un uniforme atrayente, estaban frente a él. Claro que ambas no resultaban atrayentes. La una era alta, delgada, sin formas, de rostro anguloso y gafas redondas. En cambio, la otra era de estatura mediana, rubia, de cabello lacio, cara angelical y formas que sin ser muy pronunciadas resultaban sinuosas y atractivas. Poseía labios rojos de su natural y ojos vivaces con chispas doradas.

—Hum, ¿buscaban a alguien?

—Sí, a Stanis Dom y me temo que es usted —dijo la rubia.

—Desde luego y disculpen que las reciba de esta forma, pero hace mucho calor y...

La mujer alta y delgada carraspeó molesta. Por contra, la rubia sonrió condescendiente.

—No importa. Usted debe sentirse cómodo en Inagua. Estoy segura de que su cuello de camisa cerrado y con corbata sería un suplicio en estos momentos.

—En efecto, pero pasen, pasen.

Ambas mujeres penetraron en la *suite* y se quedaron en el *living* que precedía a la habitación propiamente dicha junto a la cual se hallaba el baño individual.

—Nosotras somos enviadas del Gobierno para atenderles a usted y a sus hombres en todo lo posible. Nuestra misión consiste en hacerles grata su estancia en Inagua y a la vez mostrarles las bellezas naturales del país.

—Bueno, yo estoy viendo a una de ellas.

La rubia sonrió y su compañera tornó a carraspear. Era evidente que se sentía a disgusto.

—Mi compañera se llama Juana Rodríguez y yo Selegna Gymen

—presentó la rubia—. Las dos hablamos su idioma a la perfección, por lo que no será difícil entendernos.

—No se preocupen por eso. Soy californiano y también yo conozco su lengua.

—Mejor —respondió secamente Juana Rodríguez.

—Ahora deberíamos comenzar a planear su estancia en nuestra nación.

—Vaya, su Gobierno cuida todos los detalles. Envía a dos mujeres de relaciones públicas para hacernos grata la estancia.

—Así es. Naturalmente, si por las noches quiere salir solo, podrá hacerlo, ya que...

Stanis sonrió, agregando:

—Soy bastante mayor.

—Desde luego —asintió Juana Rodríguez frunciendo los labios casi con altivez.

—Lo cierto es que yo preferiría ir acompañado. Son dos para cuidar de nosotros, ¿no?

—En efecto —dijo Selegna.

—Pues, aguarden un momento.

Con una agilidad que sorprendió a las dos féminas, Stanis Dom pasó de un salto por encima del sofá.

Al llegar junto a la pared, golpeó esta con el puño cerrado produciendo un fuerte ruido.

—¡Va a destruir la pared! —Gruñó Juana.

—No tema, solo estoy llamando a mis hombres. Selegna Gymen comentó irónica:

—Un dictáfono muy original.

De pronto, la puerta de entrada se abrió y aparecieron los dos mecánicos tan opuestos entre sí.

—¿Suced algo? —preguntó el más grueso de ellos.

—Pasad, pasad. El Gobierno nos envía agentes de relaciones públicas para que podamos estar a gusto en Inagua.

—¿A mí me toca la rubia? —inquirió Threwor.

—Quieto, primero les presentaré. La señorita se llama Selegna Gymen y su compañera Juana Rodríguez. —Luego cambió de posición—. Estos son Threwor y «el Pecas».

—¿«El Pecas»? —repitió Juana desdeñosa—. ¿Es que no tiene nombre?

—Yo nunca me acuerdo de él y le llamo «Pecas» como todo el mundo —dijo Stanis encogiéndose de hombros.

—A mí me cae bien que me llamen «el Pecas».

—¡Qué vulgar! —comentó Juana por lo bajo.

—Bueno, como ellas son dos y vosotros tres, dividiremos el grupo. La señorita Juana os llevará a vosotros a ver las bellezas del país y a mí me las mostrará Selegna.

Un gesto de decepción se dibujó en la faz de ambos mecánicos.

—A ti Stanis no te va a hacer falta salir del hotel para ver las bellezas de Inagua —comentó Threwor mirando a Selegna significativamente.

Stanis empujó a los mecánicos hacia la puerta y dijo a la azafata:

—Señorita Juana, confío sabrá cuidar a mis hombres.

—Desde luego —dijo ella saliendo tras los dos mecánicos.

La rubia trató a su vez de abandonar la estancia, pero la mano del hombre se cerró en su muñeca, impidiéndole continuar.

—No, tú te esperas. Serás mi acompañante.

—Distribuiré el tiempo en mi despacho y...

—No, prefiero que me lo expliques aquí. Además, yo no conozco nada del país y necesitaré mucho de tu ayuda —dijo tras cerrar la puerta.

La chica se acomodó en el sofá sonriente, pero esquivó.

—Bien. Hay el mar, la jungla, los clubs y monumentos históricos de la colonización española. ¿Qué prefiere visitar primero?

—Tus ojos chispean como brasas —susurró él sentándose a su lado.

La joven se corrió en el diván hacia la derecha, escapando a la proximidad viril. Permanecía sonriente, sin demostrar molestia alguna.

—Yo me refiero a cuánto le he expuesto.

—Sí, ya lo sé, pero primero de todo, ya que vamos a estar juntos unos días, tutéame.

—Está bien. Una empleada de relaciones públicas debe ser un tanto condescendiente.

—Me alegro, Selegna. Hum, vaya nombrecito más, raro.

—¿Te parece feo?

—No, todo lo contrario, es muy lindo, solo que no es corriente. ¿Tú no eres inagüesa?

—Sí, lo soy y mis padres también, pero mis abuelos no. En Inagua, como en todos los países latinoamericanos, hay mucha gente que no es nacida aquí y sí nacionalizada.

—¿Tus ascendientes eran griegos?

—Caliente.

—¿De qué parte? Yo una vez estuve en Atenas.

—Da lo mismo que fueran de un lugar u otro. Yo he nacido en Inagua.

—Pero para mi serás un poco griega y un poco centroamericana. Una mezcla sabrosa.

—Hablas como si yo fuera un plato de un restaurante.

—Sí, un plato delicioso.

—¿Cómo lo sabes, si todavía no lo has probado?

—No pierdo las esperanzas, además, mi imaginación es muy rápida.

—Será mejor que cambiemos de tema, Stanis. Si lo que buscas es una chica, y ya me entiendes para qué, las encontrarás en los *night-club* que puedas visitar por la noche.

—No, yo no busco esa clase de mujeres.

Dom trató de acercarse más a ella, pero la joven se puso en pie con aire ofendido y advirtió tajante:

—Si continúas por ese camino, sintiéndolo mucho, tendré que solicitar de la superioridad que envíen otra empleada en mi puesto.

—No, no te me vuelvas tan arisca. Aguarda. Voy a portarme como un caballero.

—Es que yo aún no he dudado de que lo seas.

—Bien, ahora me visto y saldremos.

—¿Adónde?

—A la Embajada de mi país. He de realizar unas gestiones.

—Bien, entonces puedes ir solo. Un taxi cualquiera te llevará y cuando tengas el tiempo libre me avisas a este número de teléfono.

—Y le entregó una tarjeta.

—¿Es tu número particular? —inquirió él poniéndose una prenda ligera sobre su torso que quedó cubierto, aunque seguía viéndose su silueta atlética que la muchacha admiraba de reojo.

Selegna se iba ya hacia la puerta, pero el hombre la cazó por el brazo.

—¡Eh, espera! Si debes hacerme agradable la estancia en este

país, no pienses soltarme. Acompáñame a la Embajada.

Prácticamente a la fuerza, se llevó a Selegna primero a la calle y luego al interior de un taxi.

—¡A la Embajada norteamericana! —pidió Dom al conductor.

El coche rodó por la avenida del Mar y no tardó en llegar frente a la Embajada. Allí se apearon y entraron, en el edificio.

Stanis se dirigió a un sargento uniformado.

—Quiero hablar con el embajador.

El sargento, de rostro cuadrado y mirada suspicaz, levantó lentamente la cabeza y miró a la pareja. Luego, dijo:

—El señor embajador está muy ocupado. —Y tomó a bajar la cabeza para continuar escribiendo algo.

—Sargento, me llamo Stanis Dom y soy invitado especial del presidente León Vargas.

—Un momento —dijo al escuchar las palabras del piloto de carreras. Movi6 la clavija de un dictáfono y tras pulsar un botón rojo esper6.

—¿Qué sucede, sargento? —Se pudo oír a través del hilo.

—Excelencia, Stanis Dom, invitado especial del presidente Vargas, quiere verle.

—¿Stanis Dom, el piloto de carreras californiano?

—¿Es usted el piloto de carreras? —preguntó el sargento de mala gana.

—Sí, el mismo.

—Excelencia, parece que sí es el corredor.

—Bien, que pase.

—Ya lo fía oído amigo, puede entrar.

Desde el primer momento, a Dom no le cayó simpático aquel sargento, pero pensaba tener poco trato con él.

—Yo te aguardaré aquí —dijo Selegna.

—Vamos, acompáñame adentro. Lo que tengo que hablar puedes oírlo perfectamente.

Ambos pasaron al interior del despacho del embajador norteamericano.

—Excelencia... —dijo Selegna al verle.

—Señor embajador, yo soy Stanis Dom. Ella es la representante de relaciones públicas que el presidente Vargas ha puesto a mi lado para hacerme grata la estancia en Inagua.

—Con semejante hermosura, seguro que lo pasará deliciosamente —dijo el embajador, un diplomático de cabello cano y rostro rugoso, aunque de expresión afable.

—Eso espero yo también.

—Van a ruborizarme...

—Bien, bien, tomen asiento. Señor Dom, es un honor tenerle aquí. Es usted un personaje popular dondequiera que vaya. No todo el mundo arriesga la vida como lo hace usted.

—Corro para ganar, no para matarme, señor embajador —corrigió Stanis sonriente.

—Exacto, pero, hablemos de lo que le ha traído a mi despacho. ¿Le sucede algo? Le serviré lo mejor que pueda como representante de nuestro Gobierno en este país.

—Gracias, señor embajador. Bueno, aparte de hacer acto de presencia y decirle que yo también estoy a su disposición por si quiere efectuar algún contacto oficioso con el presidente Vargas, ya que estaré junto a él durante unos días...

—Pues, tendré en cuenta su oferta. Por cierto, para mejorar relaciones, haré publicar en la Prensa local su llegada a Inagua y también ofreceré una cena a la americana en esta Embajada o en cualquier club, ya decidire.

—Bien, embajador, como usted guste, siempre que; invite a mi acompañante.

—Desde luego. Una fiesta sin estrellas no es nunca una fiesta.

—Excelencia, es usted muy amable.

—No lo crea, señorita. A veces, los diplomáticos también decimos la verdad.

—Me parece, señor embajador —dijo Dom sonriente—, que tendrá que darme lecciones para conquistar a las féminas.

—Amigo Dom, para conquistarlas no es la galantería lo primordial, sino lo que usted posee: juventud, temeridad y fama.

—Bueno, si es así no tendré miedo a la competencia, es decir siempre que Selegna no opine lo contrario.

—Creo que ha venido aquí a hablar de otras cosas —advirtió la muchacha con una sonrisa.

—Ah, sí, claro —se apresuró a decir Dom—. Bueno señor embajador, lo que desearía saber es el paradero de un amigo mío. Hace algún tiempo me escribió desde Inagua y ahora que yo he

venido desearía encontrarme con él.

—Veremos qué se puede hacer. ¿Cómo dice que se llama su amigo?

—Jack Spencer.

El rostro del embajador se ensombreció por un halo de gravedad que fue muy elocuente.

—¿Le ha sucedido algo? —inquirió Stanis.

—Me temo que sí y lo peor.

—No irá a decirme que Jack Spencer ha muerto...

—Exactamente, amigo Dom. Murió junto con cuarenta y dos personas más. En realidad, no se han encontrado sus cadáveres, se les ha dado por desaparecidos y muertos a un tiempo. Los accidentes de este tipo raramente dejan supervivientes.

—¿Un avión?

—Sí —asintió Selegna—. Oí algo sobre ello. Un avión de la Air Inagüesa explotó en el aire y desapareció en la selva virgen. Los grupos de socorro no han logrado encontrar nada. Seguramente el aparato habrá quedado hundido en una charca interior o entre la densa vegetación que por toda la selva es abundantísima.

—Lo que ha dicho la señorita es cierto. Su amigo Jack Spencer, lamento decírselo, ha desaparecido.

—Vaya, esto sí que es mala suerte. Si me sobra tiempo durante mi estancia aquí, trataré de localizar sus restos para que sean trasladados a San Diego, California.

—¿Conoce a su familia?

—Sí, pero hace tiempo que no la he visto.

—En fin, señor Dom, siento no haberle podido servir de mucho. Con gesto contrito, Stanis respondió:

—Veré lo que puedo hacer para encontrar los restos de Spencer.

—¿Piensas buscarlo? —inquirió Selegna asombrada.

—¿Sería una estupidez?

—Bueno, no he querido decir tanto, pero la selva virgen no es ningún parque nacional de tu nación.

—Sí, es cierto, pero tampoco he asegurado que vaya a ir a buscarle. En fin, ya pensaré sobre todo esto. Ahora, no deseo molestarle más, señor embajador.

—Señor Dom, cuando quiera pase a verme, estoy a su disposición. En cuanto a la fiesta que pienso organizar en su honor,

ya le hablaré oportunamente. Sería grato que invitara al joven Vargas para que asistiera a ella.

—Veré lo que puedo hacer, señor embajador, aunque no creo tener influencia sobre el hijo del presidente.

—Yo creo que sí —terció Selegna Gymen—. Te considera como a un ídolo. Pedro Vargas es gran aficionado al automovilismo.

Tras las despedidas oportunas, abandonaron el despacho del embajador.

Al pasar por el vestíbulo, Stanis no se molestó en saludar al sargento que continuaba escribiendo algo en una hoja sobre su mesa de despacho.

—Ya has realizado tu primer contacto aquí en la capital. Ahora, ¿adónde piensas ir? Tengo entendido que hasta mañana no te has de encontrar en el palacio presidencial con Vargas «júnior».

—Pues ahora —respondió Stanis consultando su reloj, ya fuera del edificio de la Embajada— hemos de ir al aeropuerto. El avión de transporte que ha de traer mis «carros» está al llegar. La verdad es que sin ellos no sé vivir.

Un auto taxi les condujo directamente al aeropuerto. Allí, les aguardaban «el Pecos» y Threwor con un gran camión articulado, prestado por el presidente de la nación. El camión en cuestión era el utilizado por su hijo en el transporte de los coches de carreras.

—¡Eh, Dom, estamos aquí!

Stanis los saludó con la mano y en voz baja dijo a Selegna:

—Menos mal que se han sacado a su compañera de encima.

—No le simpatiza Juana, ¿verdad?

—Nunca me han gustado los paisajes áridos, sin curvas ni lugares escondidos que descubrir.

La rubia Selegna captó la metáfora, pero no respondió.

En aquellos instantes, un

«DC-3

» de transporte comercial enfilaba por la pista principal del aeropuerto de Inagua.

Las ruedas del tren de aterrizaje habían salido ya de sus encierros y semejaban ir en busca de la pista donde debían rodar a gran velocidad.

Todos vieron cómo, tras un breve recorrido, el avión se detenía. Luego, un tractor del aeropuerto lo enganchó con un cable y tiró de

él conduciéndolo a una pista auxiliar de descarga.

—Vamos, sube al camión —dijo Stanis a la muchacha.

Threwor y «el Pecas» se acomodaron en la caja del vehículo y Stanis condujo el camión en busca del

«DC-3

» que no tardó en abrir su vientre para dar a luz dos hermosos coches, uno amarillo chillón y el otro rojo.

—Vamos, Threwor, «Pecas», haceos cargo del «Ford», mimádmelo.

—¿Qué van a hacer con él? —dijo Selegna mirando los bien cuidados autos.

—Lo llevarán al autódromo que tiene el presidente alrededor de su finca.

—¿Y el otro coche?

—El «Porsche» es el auto de uso diario que utilizo.

—Es bonito.

—Sí, y corre lo suyo. Si lo prepara, también podría competir en fórmula uno, pero tendría escasas posibilidades de ganar; posee poca potencia comparado con los siete mil centímetros cúbicos del «Ford Cooper». Ahora vamos, ayúdame a cerrar los trámites aduaneros con la policía local.

Mostrando el salvoconducto especial, extendido y firmado por el propio presidente Vargas, el bólido fue introducido en el camión con la consiguiente expectación por parte del público del aeropuerto.

Después, Stanis Dom tomó por el brazo a Selegna y la condujo hacia el «Porch Porsche 912» cambiando la profesión de la joven y atractiva inagüesa, que de dirigir los momentos de ocio del campeón pasaba a ser dirigida.

—¿Adónde me llevas?

—A un restaurante de la costa. Allí cenaremos.

Ya acomodada en el coche deportivo, sin preocuparse de bajar la corta falda y dejando ver unas piernas de piel sedosa y perfectamente torneadas, Selegna dijo con aparente enfado:

—Cuando acabemos de cenar, me despido hasta mañana por la mañana.

—Naturalmente, cariño.

—Cariño no, Selegna —corrigió.

—Como gustes, muñeca —dijo él apretando el acelerador hasta el fondo por la autopista que conducía al aeropuerto.

En aquel instante, Selegna comprendió que no era fácil torcer los gustos del californiano.

Después, supo que él no solía terminar sus noche con una simple cena, pues regresó a su apartamento de madrugada, doliéndole los tobillos de tanto bailar.

Los ojos redondos, nerviosos e inquisitivos de Juan Ramírez miraron por encima de sus manos, cruzadas ante el rostro, a Selegna Gymen, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Lo pasó bien, señorita Gymen?

—Pues sí, no puedo negarlo —asintió ella sin temor.

—¿Ha hecho buenas migas con ese norteamericano?

—Es un hombre simpático y extrovertido. Resulta fácil convivir con él.

—Sí, ya me han dicho que la vieron muy digamos, abrazada a él en uno de los famosos *nights clubs* de la ciudad.

—Usted me ordenó que le hiciera plácida su estancia en Inagua y he cumplido.

—Si no le reprocho nada, señorita Gymen, todo lo contrario, la felicito. Ha sabido granjearse la confianza de Dom y eso es lo que yo deseaba. ¿Le ha costado mucho?

—No, solo he tenido que emplear un poco de picardía.

—Ya —dijo Ramírez suficiente—. Se ha mostrado esquivia, distante, como gata que refunfuña ante la proximidad extraña.

—Algo así.

—Una buena táctica para que los hombres nos empeñemos en ir más detrás de ustedes. Siempre nos ha justado lo difícil, la lucha. Al parecer, ese piloto de carreras es un excelente luchador.

—Me temo que sí —asintió ella recordando el baile de la noche anterior, y las palabras que él había susurrado en su oído y los besos rápidos que había sentido en su mejilla y en su cuello desnudo. Aquellas caricias, que en apariencia ella no había notado, quemaban su piel cada vez que las recordaba.

El aliento del californiano le había parecido el aire candente de un volcán, envolviéndola para devorarla luego en un sacrificio afrodisíaco.

—Pues tenga cuidado y no vaya a dejarse vencer por él. Sería desagradable para todos, en especial para usted.

—Pero señor Ramírez, ¿por qué teme que Stanis Dom sea un espía? ¡Somos sus aliados! —protestó.

—Sí, pero nunca hay que fiarse de las apariencias, señorita. Mi obligación como jefe de la policía es vigilar y controlarlo todo. Precisamente en Estados Unidos hay muchos traidores a su patria que se venden a países del Este. Supongo que lo habrá leído en la

Prensa infinidad de veces.

—Sí, es cierto, hay espías, pero Dom no me parece uno de ellos.

—Me alegraría que tuviera razón, señorita Gymen, pero no puedo otorgársela hasta que nuestro visitante esté de regreso a Estados Unidos y sin haber provocado ningún percance. Tenga en cuenta señorita que su misión es sumamente delicada. Debe controlar al hombre que estará durante días muy cerca de nuestro Presidente y asimismo proseguir con su trabajo de relaciones públicas. Deseo que el señor Dom se encuentre contento en Inagua, pero al mismo tiempo no deje de vigilarlo, de anotar cuánto diga o haga.

—¿Todo?

—Sí, todo es importante, es decir, lo que le diga al oído en un *night-club* es importante para usted, pero antes de que su imaginación vuele, voy a contarle una pequeña historia.

—Le escucho.

—Precisamente se refiere a su país. Los navegantes griegos temían tanto el canto de las sirenas que cuando pasaban cerca de la isla habitada por estas, se taponaban los oídos con cera.

—Conozco la leyenda, señor Ramírez. Luego, al salir en su busca, se estrellaban contra las rocas.

—Exacto. Confío que el mito le sirva de ejemplo. Haga como que escucha a ese hombre, pero piense que él, dentro de unos días, no importa cuántos, se alejará de Inagua para siempre y usted continuará aquí. Cierre su corazón si lo considera vulnerable. Además, no olvide que yo represento la seguridad de la nación y confío en usted. Una indiscreción por su parte sería consecuencia de un pleito diplomático posterior y por tanto el fin de su carrera. Una lástima para una chica tan inteligente como usted, frente a la que se abre un excelente porvenir.

—Lo tendré presente, señor Ramírez, no soy tan vulnerable como usted da a entender. Soy joven, pero sé controlar mi mente.

—Excelente. Ahora, pasemos a lo importante. Dígame todo lo que hizo ayer Stanis Dom. Lo que hagan sus dos mecánicos será incumbencia de la señorita Rodríguez.

—Stanis Dom estaba en su habitación del Grant Hotel cuando nos presentamos nosotras...

Seguidamente, relató todas las incidencias del día.

—Bien, pero ¿qué dijo en la Embajada, por qué fue a ella?

—Preguntó por un amigo suyo llamado Jack Spencer, el norteamericano que pereció en accidente de aviación.

—Vaya, vaya, con que preguntó por Jack Spencer...

—Sí. ¿Ocurre algo malo, señor?

—Pues, quisiera confiarle algo, pero temo que su cualidad de mujer...

—Creo que puede confiar en mí, señor Ramírez.

—Bien, en ese caso se lo diré. Jack Spencer era un espía declarado y pereció cuando huía de nuestra policía. Si se informa en la Embajada norteamericana se enterará de que ni siquiera pidió asilo en ella. Cuando se enteró en que iba a ser detenido por tratar de robar secretos de Estado, en beneficio de países enemigos, escapó, pero Dios le castigó durante el vuelo. Su muerte no fue una pérdida, sino un beneficio.

—Me deja anonadada, señor Ramírez. Stanis Dom confiaba mucho en él como amigo según me ha explicado.

—Quizá más como camarada que como amigo, señorita. Después de lo que me ha dicho, temo que Stanis Dom debe ser vigilado con más atención aún, pero sin que él lo advierta.

—Me repugna utilizar mi condición de mujer para ganarme la confianza de un hombre y espiarlo a placer.

—No le remuerda la conciencia. Piense que trabaja para nuestro país y en beneficio de la seguridad nacional. Ahora, ya puede retirarse.

—Bien, señor Ramírez.

La azafata de relaciones públicas, a las órdenes del jefe de la policía, se levantó de su silla y grave, pensativa, abandonó el despacho custodiado por los hombres de Ramírez.

El joven Pedro Vargas mostró los dos bólidos que había junto a la pista que circundaba la finca correspondiente al palacio presidencial.

—¿Qué le parecen?

—Buenos coches, muchacho y, perdóneme si te tuteo.

—Puede hacerlo, me sentiré más a gusto.

—Me alegro —dijo Stanis aproximándose a los dos coches, uno azul y el otro blanco—. ¿Cuál prefieres?

—El «Maserati». Le saco un buen rendimiento, es mi favorito.

—Sí, es un coche fino, de fáciles revoluciones, pero yo prefiero el «Ferrari» siempre que sea una carrera de una longitud superior a las trescientas millas y no mayor de quinientas, salvando siempre la confianza que le tengo a mí «Ford Cooper», naturalmente.

—¿Me dejará montar en él?

—Sí, claro, cómo no. Ahora daremos unas vueltas con ellos para probarlos y al mismo tiempo conoceré el circuito. Para correr bien hay que saber todos los recodos, las curvas amplias y te diría que hasta los ángulos de abertura. Hay que elegir un lugar adecuado en cada curva para, en ese sitio exacto, efectuar el viraje. Solo así se pueden ganar décimas de segundo, preciosas para conquistar el triunfo.

—Lo tendré en cuenta.

Ambos pilotos dejaron de balancear los respectivos cascos en sus manos y se protegieron la cabeza con ellos.

Selegna Gymen, sentada en una cómoda butaca, les observaba a través de unas gafas de sol. NO lucía ahora su uniforme de azafata de relaciones públicas del Gobierno. A petición de Stanis, se había puesto más normal, como él decía.

El sol brillaba en lo alto y ponía un matiz moreno en las piernas atrayentes que la joven mostraba al vestir unos *shorts* blancos.

Su cabello se cubría con un coquetón y veraniego sombrero de paja y su cuerpo con una blusa roja que se distinguía desde muy lejos.

La muchacha casi escrutaba a Stanis con sus grandes ojos, recordando las palabras de su superior.

Le parecía imposible que Stanis Dom pudiera tener doblez en su trato. Sin embargo, permanecería atenta. Lo que le habían dicho respecto a Jack Spencer podía resultar significativo.

—Daremos diez vueltas al circuito —propuso Stanis—. Tomaremos los tiempos individuales de cada vuelta y luego la media total. Para prepararse bien no solo hay que pisar el acelerador, sino tener en cuenta si se mejora o no en cada cambio de marchas o al virar en las curvas.

—Bien, tendré en cuenta sus observaciones.

Estaban ya abiertas las portezuelas cuando el joven Vargas cambió de opinión.

—Espere, Dom. Siempre estoy probando con el «Maserati» y es

mejor que trate también con el «Ferrari» para habituarme a ambos.

—Como quieras, muchacho. Yo conozco ambas marchas perfectamente.

Stanis se introdujo en el blanco «Maserati», favorito de Pedro, pues era el coche que siempre utilizaba en sus pruebas.

Threwor y «el Pecas» se acercaron a su patrón cuando ya Vargas había subido al «Ferrari» azul.

—¿Necesita algo, patrón?

—Sí, que nos toméis los tiempos. Luego me servirá para contrarrestar con nuestro «carro».

—Bien, patrón.

—Ah, y guardadme el transistor. Quiero oír música luego, mientras descanso.

—Descuida, Stanis. El transistor lo tiene Selegna —indicó «el Pecas».

—Vuestra Juana, ¿dónde está?

—En el infierno, supongo —dijo Threwor—. Hemos conseguido darle el esquinazo y en cambio hemos trabado amistad con dos chicas fenómeno que nos esperan esta noche.

—Lo celebro. Bueno, ahora, preparados con vuestros cronómetros. En las cinco primeras vueltas estudiaré el terreno y en las cinco últimas veré de alcanzar el máximo de velocidad.

—¿Apostamos algo, Stanis? —propuso el joven Vargas.

—Como quieras, pero no me agradaría hacerte perder.

—Bueno, yo no tengo la pretensión de vencer al campeón mundial de carreras, pero este no es el único deporte que practico.

—Si pierdo ¿he de participar en otro deporte contigo?

—No solo conmigo, sino con un montón de aficionados y expertos —explicó en parte el joven dentro del coche, sin haber accionado aun la llave del contacto.

—¿Y qué deporte es ese? —inquirió Stanis intrigado.

—La caza del pulpo utilizando solo el cuchillo, a ver quién saca el más grande. Es una competición que se celebra cada año por estas fechas en Inagua capital.

—Creo que en la costa occidental de mi patria también practican ese deporte, pero yo nunca me las he tenido que ver con monstruos de ocho poderosos tentáculos.

—¿Le dan miedo?

—Me casé con la muerte cuando elegí esta profesión En cuanto a su competición, acepto. Pierda o gane comeremos pulpo todo el año, porque pienso sacar el mayor ejemplar que se esconda en esta costa —rio Stanis.

El joven Vargas también rio y ambos a un tiempo hicieron roncar sus motores al dar la llave de contacto y pisar el acelerador desembragando las respectivas máquinas.

Las conservaron así hasta que los mecánicos y ayudantes de Vargas colocaron los bólidos en la pista, empujándolos hasta ella.

Luego, el que se constituyó como juez de meta, dio la señal con la bandera cuadriculada en blanco y negro. Ambos soltaron el embrague para colocar la primera marcha. La carrera había comenzado.

Stanis dejó que el hijo del presidente, con la fogosidad propia de su juventud e inexperiencia, pues no era lo mismo correr en pruebas que en un gran premio, saliera disparado.

No le importó que le tomara ventaja.

El tanteó el «Maserati» en todas sus marchas, probando incluso los frenos en un recodo, donde no había nadie mirándole. Si pensaba lanzarse a una velocidad suicida, antes debía estar seguro de que la máquina que pilotaba respondería.

En la primera vuelta, Pedro Vargas pasó con una considerable ventaja sobre el «Maserati» de Dom.

Al pasar ante Selegna, esta le saludó con la mano. Threwor y «el Pecas» no se preocuparon lo más mínimo por aquella pequeña ventaja que se había dejado coger su patrón. Le conocían bien y sabían que estaba probando el auto.

En la segunda vuelta, Stanis no perdió más ventaja con respecto a Vargas, que conocía perfectamente el circuito, pero tampoco ganó terreno, ya que estudió las curvas.

El «Maserati» respondió adecuadamente. Era evidente que estaba cuidado. Todos sus mecanismos iban finos y el bólido roncaba a gran velocidad por la pista.

En la tercera vuelta, Stanis ganó un tiempo apreciable. Ya conocía algo el circuito y viendo que el bólido respondía, lo estaba lanzando a su máxima potencia.

Cuando pasó de nuevo ante el público, vio que al borde de la pista habían aparecido varios personajes.

Estaba allí León Vargas parapetado tras sus grandes gafas oscuras de gran concha. A su lado había un hombre de aspecto venerable.

Había visto alguna vez su rostro en televisión, en noticiarios de actualidad. Era Hipólito Fernández. Junto a ellos había otro individuo pequeño y delgado, de ojos redondos y curiosos como los de una ardilla. Aquellas pupilas pertenecían a Juan Ramírez, director general de policía.

Tras ellos, varios miembros del cuerpo de seguridad vigilaban como era su costumbre, aunque cuatro de estos hombres, perfectamente armados, no dependían de las órdenes directas de Juan Ramírez, sino del propio presidente Vargas.

Durante la cuarta vuelta, la velocidad del «Maserati» aumentó. El coche estaba dando de sí todo lo que podía rendir y más.

El joven Vargas apretó aún más el acelerador del «Ferrari». No deseaba dejarse vencer por el campeón mundial.

Sin embargo, en una de las curvas, Stanis le pasó por la derecha realizando un viraje cerradísimo y muy peligroso.

El «Ferrari» quedó atrás, evidenciándose la destreza de Dom.

Ya lanzado, el norteamericano dobló una curva prestando atención a todos y a cada uno de los ruidos del coche. Un buen conductor debía saber distinguir entre ellos y Stanis conocía el mal que padecía su máquina solo escuchándola.

Tomó la recta frente a la pequeña tribuna metálica. Al mirar el cuenta-millas se percató de que acababa de recorrer diez millas. Juntos el uno y los ceros, quedaban bien visibles.

En aquel instante sonó un mecanismo de relojería que acababa de ponerse en marcha. Stanis Dom jamás había oído nada semejante dentro de un coche fuera de la marca que fuese.

Ya en medio de la recta, delante de todos, teniendo a Pedro Vargas a escasa distancia tras él, lanzado a una velocidad de vértigo deseoso de alcanzarlo, Stanis Don tomó una decisión que podía conducirle a la muerte y que no pensó dos veces. Llevaba su traje de cuero y el casco que habrían de protegerle.

Abrió la portezuela del «Maserati» y se dejó caer al suelo asfaltado rodando sobre sí mismo hecho un ovillo y dejando el coche solo, lanzado a toda velocidad.

Un grito de angustia escapó de todas las gargantas al ver cómo

el «Ferrari» se le echaba encima cuando aún no había parado de dar volteretas y quemar el cuero de su traje contra el asfalto, haciendo rebotar su cabeza protegida por el casco.

Pedro, que no había esperado aquella reacción, viró en ángulo recto y su «Ferrari» salió de la pista haciendo saltar unas vallas e introduciéndose en un campo de bien recortado césped.

Allí, pudo controlar y frenar el bólico sin comprender lo que había ocurrido. No era lógico que un piloto se cayera de su coche.

La respuesta a la acción de Stanis no tardó en llegar. El «Maserati», solo en la recta, estalló de súbito quedando envuelto en una enorme llamarada.

Convertido en ardiente chatarra y todavía impulsado por la inercia, el coche se lanzó contra un árbol que no tardó en quedar convertido en una tea.

Un pequeño coche de bomberos se puso en movimiento. Era el retén que siempre estaba junto a la pista cuando corría el hijo del presidente.

La ambulancia también se adentró en el asfalto en busca de Stanis Dom. Se armó una pequeña confusión y todos los presentes corrieron hacia el joven al tiempo que Pedro Vargas hacía retroceder su «Ferrari» hasta acercarlo al grupo.

—No, no me hace falta asistencia —dijo el norteamericano mostrando un traje deshecho y el casco pelado. Al quitarse este se pudo comprobar que su cabeza estaba exenta de heridas.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió León Vargas teniendo a su derecha el vicepresidente de la república Hipólito Fernández y a la izquierda al director general de seguridad.

—Me temo que si su hijo no hubiera decidido cambiar de coche en el último momento para correr en el «Ferrari», ahora estaría dentro de ese montón de chatarra.

—Explíquese —inquirió Ramírez casi con dureza.

—Esto ha sido un atentado. Lo que ha explotado dentro del coche ha sido una bomba de tiempo —dijo Stanis a Vargas padre.

—¿Querían matarme a mí? —preguntó Pedro asombrado, saltando del «Ferrari» y colocándose junto al norteamericano. Su estatura quedó patente era inferior a la del californiano.

—Me temo que sí. Querías correr en el «Maserati» y en el último momento has cambiado de opinión. La bomba me ha tocado a mí.

—Cuánto lo siento, no era esa mi intención...

—Me lo imagino —respondió Stanis sonriendo, siendo observado por Selegna que se hallaba mezclada en el grupo, sufriendo por él.

—Ramírez, hágase cargo inmediatamente de este feo asunto —ordenó Vargas.

—Sí, señor presidente, pero esto es muy raro.

—Desde luego que lo es. Un sabotaje dentro de mi propia finca y para acabar con mi hijo. Quiero ver inmediatamente al culpable. No se demore, Ramírez. No pienso esperar para dar su merecido al causante.

—Espero que esto suceda pronto, Excelencia, pero antes me agradaría preguntar algo al señor Dom.

—Le responderé enseguida.

—Me gustaría saber cómo se ha percatado de que había una bomba.

—Conozco todos los pequeños ruidos de estos coches de carreras y cuando el cuenta-millas ha marcado diez, ha comenzado a funcionar un aparato de relojería. Me he dicho que si continuaba dentro del «Maserati» tenía los segundos de mi vida contados.

—Podía haber frenado —dijo Ramírez.

—Ignoraba el tiempo que podía durar el aparato de relojería. Por lo visto, no es una bomba de tiempo corriente, sino que el cuenta millas, al marcar diez, la ha hecho saltar. He preferido arriesgar mi vida arrojándome a la pista con el peligro de que me arrollaran.

—El fuego ya está sofocado —indicó el jefe de retén de bomberos corriendo hacia el grupo.

—Que no toquen nada —ordenó Ramírez tajante—. Los técnicos han de revisar los restos del coche.

—Gracias por haber saltado a tiempo —dijo Pedro Vargas—. No me hubiera perdonado que muriera con una bomba destinada a mí.

—Bueno, ahora ya sabes, debes andar con precaución. Alguien te quiere mal.

—Ramírez, interroque inmediatamente a los mecánicos. Que nadie escape del recinto. Ha tenido que ser un mecánico.

Todos se giraron hacia los hombres vestidos con mono azul. De repente, uno de ellos echó a correr.

—¡Alto! —gritó Ramírez.

—¡Deténgalo! —ordenó a su vez el presidente.

Antes de que nadie pudiera hacer nada, la pistola de Juan Ramírez ladró y el fugitivo cayó boca abajo, quedando inmóvil, convertido en un cadáver.

Todos corrieron hacia él. Tres balazos agujereaban su espalda.

—Buena puntería, amigo, pero con una sola bala hubiera bastado —opinó Stanis.

El jefe de la policía le miró con el ceño fruncido, preguntando:

—¿Qué ha querido insinuar con sus palabras?

—Pues que quizá hubiera sido mejor cogerlo vivo para que hablara.

—¡Yo sé cuál es mi deber y no admito que nadie se inmiscuya en él! ¿Entendido?

—Contenga sus nervios, Ramírez —atajó el propio presidente. Piense que quién está más molesto de todos soy yo, pero Dom tiene razón. Hubiera sido preferible cogerlo vivo para que confesara. Ese hombre solo era un peón y haciéndole declarar hubiéramos podido llegar hasta quien desea la muerte de mi hijo.

—Me temo, Ramírez —intervino el hombre de aspecto venerable — que esto no va muy bien. Los saboteadores son principio de revolución y no es bueno que la sangre corra en riachuelos; luego se convierte en mares.

—Es una buena máxima, pero si llega a escapar... —opinó Ramírez haciendo una seña a sus hombres para que se llevaran el cadáver de allí.

La gente se dispersó y Stanis ordenó a sus dos mecánicos:

—Tened el «Ford» a punto para la tarde. Haremos nuevas pruebas si es que Pedro quiere correr.

—Sí, correré —asintió Vargas «júnior»—. Creo que lo mejor es hacer igual que usted; ignorar que la muerte me ronda y aparentar una frialdad aplastante. La verdad, me gustaría poseer su estado de ánimo. Acaba de escapar a la muerte y está como si nada hubiera sucedido.

—¡A mí solo me hacen temblar las mujeres, Pedro! —exclamó Dom prorrumpiendo en una carcajada alegre.

Selegna Gymen pareció calmar sus nervios. La tranquilidad del californiano era contagiosa, pero algo letal flotaba en el ambiente.

¿Cuándo tendría lugar el próximo sabotaje, el siguiente crimen?
Quizá solo lo supieran cuando ya fuera imposible remediarlo.

—Sí.

A Stanis Dom le pareció que aquel cafetucho del barrio portuario era lo suficientemente sucio y recóndito como para que se reunieran en él los hampones de Inagua, distrito federal.

Había recorrido otros locales semejantes durante aquella madrugada. No había tenido éxito en su búsqueda, pero probaba suerte una vez más. No era de los que se amilanaban fácilmente.

El hombre que había tras el mostrador, bajo, grasiento y con una piel atezada propia de un mulato, le miró de arriba a abajo y esperó frotando con un paño el mármol de la barra.

—¿Qué va a ser? —preguntó con la voz bronca de quien está molesto por levantarse temprano.

—Un *whisky*.

—¿Americano?

—Sí.

—Eso le costará caro.

—No importa, pago con dólares.

—Bueno, eso ya es otra forma de hablar —sonrió abiertamente el inagües—. El dólar americano está muy bien cotizado en el mercado negro de la nación.

Stanis extendió en la barra un billete y dijo:

—Aquí está mi dinero.

—¿Diez dólares? Hum, no tengo cambio.

—No hará falta si afila la lengua.

El mulato le miró de reojo y puso su mano sobre el billete, para cogerlo, pero la diestra de Stanis le detuvo.

—Puede soltarme, mi lengua está afilada.

—Antes quiero comprobarlo —objetó sin soltar la mano del mulato, la cual parecía gustar del tacto del billete.

—¿Qué quiere saber? Aquí viene mucha gente y yo tengo buenos oídos.

—Busco al mejor abridor de cajas de caudales que haya en la ciudad.

—¿Prepara un golpe a lo «Chicago»? —preguntó cínicamente.

—Quien hace las preguntas soy yo, de lo contrario le pago los cincuenta centavos del *whisky* y me largo.

—Eh, no se moleste; era una broma.

—Bien. ¿Qué puede decirme del hombre que yo busco?

—No será de la «poli», ¿verdad?

—Ni mucho menos. Quiero un colaborador para algo especial y además que sepa cerrar bien la boca.

—En ese caso, yo conozco a un sujeto llamado Karl.

—¿Alemán?

—Sí, pero ahora es inagües. Dio algunos golpes en Los Ángeles de California y logró escapar a la policía. Actualmente está refugiado aquí y anda mal de dinero. Es un abridor de cajas excelente, se lo prometo, solo que la policía de aquí lo tiene fichado y le han cortado las alas. Cada vez que se roba una caja, van a buscarlo a él.

—Bien, ese Karl me interesa. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—A estas horas estará durmiendo, ayer se emborrachó aquí mismo. Lo hallará en el cuarenta y tres «A» de esta misma calle, en casa de «la Gorda». Allí tiene una habitación.

Stanis soltó la mano del mulato. Apuró el *whisky* y se alejó sin decir nada.

El hombre del bar se apresuró a embolsarse los diez dólares.

Aquella mañana ya no estaría de mal humor. El negocio estaba siendo fructífero.

Por su parte, Stanis Dom anduvo hasta el número indicado y se adentró en un corredor donde a derecha e izquierda se alzaban casas de una sola planta.

Varios niños, completamente desnudos, corrían arriba y abajo esperando que el sol tostara más su piel de por si negra. Aquel lugar olía a lejía y a jabón barato.

No tuvo que llamar a la puerta de la casa «A». Estaba abierta, aunque tapada por una cortina de tiras de sucio plástico multicolor que impedía el paso de las moscas y mosquitos que allí revoloteaban a centenares.

—Eh, ¿quién es usted? —inquirió una negra que lo menos pesaba ciento cincuenta kilos. Era tan ancha, como alta. Sus ojos diminutos, y negros apenas se veían debido a lo abultado de las mejillas.

—Eh ¿quién es usted, qué quiere? El burdel está dar casas más abajo.

—No busco chicas, sino a un amigo mío.

—¿Un amigo suyo en mi casa? —preguntó en plan insolente, poniéndose los brazos en jarras.

Dom le tendió un billete de cinco dólares. Sabía bien: que allí los dólares yanquis daban buen resultado.

—Bueno, si es así... ¿Cómo se llama su amigo? Es que tengo varios a dormir aquí.

—Mi amigo es Karl.

—Sí, sí que está, pero duerme ahora. Yo le despertaré.

—No hace falta, déjeme a mí. ¿Cuál es su habitación?

—La del fondo.

La gorda fue hasta la puerta y la franqueó con una de las llaves colgada de un manojo atado a su cintura.

—Bien, pero si escucha voy a molestarle y si me molesto es posible que al salir no le dé otro billete como el de antes.

—Sí, sí, digo no, no escucharé —se apresuró a asegurar.

Status penetró en la reducida habitación donde la luz se filtraba por una aspillera a ras de techo. El hombre que yacía sobre el jergón roncaba ruidosamente.

Tomó la jarra de agua que reposaba sobre la mesita y comenzó a verterla lentamente sobre el rostro del durmiente.

—¡Eh, eh, me ahogo, me ahogo! ¿Qué pasa? —preguntó en su brusco despertar, frotándose el rostro con ambas manos.

Dom prosiguió echándole agua hasta que el jamo se hubo vaciado.

El tal Karl dio un brinco y se sentó sobre el jergón, secándose rápidamente la cara en la sábana amarillenta. Luego, miró furioso a Dom.

—¿Quién es usted, qué quiere de mí, es de la poli? ¡Ya no doy golpes, me he retirado de la profesión! ¿Cree que de lo contrario viviría en esta pocilga lisa de miasmas?

Stanis esperó a que acabara su torrente de preguntas, formuladas con un marcado acento germano.

—Soy norteamericano, de California concretamente.

—Eh, espere, no hay extradición en mi país. No puede regresarme allá.

—No es esa mi intención —repuso Dom tranquilamente, mirando en derredor.

—Entonces, no comprendo.

—Se lo explicaré. Le necesito, sé que es un experto en cajas.

—Bah —dijo haciendo un gesto ampuloso con la mano—. Me

retiré ya del oficio, lo siento. Tendrá que buscarse a otro si quiere dar un golpe.

—Si me ayuda y tiene éxito, le entregaré cinco mil dólares americanos. Eso le permitirá salir de esta pocilga como usted dice.

—Sí, y me pondrán en otra más estrecha y rodeada de rejas. No, no me agrada el negocio. Cada vez que hay un golpe y una caja es reventada, la policía viene en busca mía. Sí, Karl es el mejor abridor de cajas, eso lo saben hasta las pulgas.

—No se trata de robar nada. Solo tendrá que abrir y cerrar una caja, eso sí, una caja que aún no estoy seguro pueda abrir.

—Eh, espere. —Karl se sintió picado en su amor propio—. Todas las cajas que he querido, han sido abiertas. Nunca he fallado.

—Eso tendría que demostrarse.

—Vamos, que quiere picarme, ¿eh? —inquirió con su marcado acento teutón.

—Yo solo quiero hallar a alguien capaz de colaborar conmigo en un trabajo difícil, pero que luego no tendrá repercusiones.

—¿Qué quiere darme a entender?

—Que nadie ha de enterarse de que la caja ha sido abierta. No vamos a quitar nada de su interior.

—Entonces, ¿para qué demonios quiere que la abra?

—Para meter algo dentro.

—¿El qué?

—Eso es cuenta mía. Yo pago para que no me hagan preguntas.

—Sin embargo, sería bueno preguntar qué ganará con todo esto.

—También es asunto mío. Usted Karl se limitará a abrir y cerrar la caja y a cobrar después. Pero, ya se lo he dicho, el trabajo es muy difícil.

—¿Dónde está esa caja? Ha dicho cinco mil, ¿no?

—Sí, y la caja Pero un momento.

Dio un paso atrás y abrió la puerta de golpe.

La gorda estaba tras la cerradura y por poco se cae de bruces al perder su punto de apoyo.

—Con que no iba a escuchar, ¿eh?

—Yo, es que...

—Tenga sus cinco dólares, pero si la vuelvo a pillar, le abro la barriga.

Karl, riéndose por dentro, chilló:

—¡No, quien va a abrirla en canal como a una puerca voy a ser yo! ¡Fuera, fuera de aquí, saco de grasas!

La negra salió corriendo, asustada. Dom cerró de nuevo. La mujer no volvería a acercarse.

—Bueno, ¿qué, cuento con usted o me busco a otro?

—Acepto. ¿Dónde está esa caja? Lo hago por salir de esta pocilga y no ver más a esa mujer.

—Ya le he dicho que la caja será difícil, de lo más moderno y seguro, quizá con ojos electrónicos en derredor.

—Yo sé dónde encontrar el material necesario para soslayar toda clase de armas. Puedo hacer el trabajo.

—En ese caso, vamos a ponernos de acuerdo. La caja es la que el presidente Vargas tiene en su palacio presidencial.

—¿Está loco? —exclamó dando un salto—. ¡En su palacio es imposible entrar, siempre está lleno de policía vigilando y en este país a mí me conocen hasta las ratas!

—Yo le ayudaré a entrar.

—¿Tiene una llave mágica?

—No. Yo estaré dentro aguardándole y habré dejado una cuerda en el muro por la que tendrá que trepar.

—¿Y luego qué?

—Esta noche se celebrará una fiesta en mi honor, precisamente. Asistirá mucha gente, entre ellos todos los deportistas de la ciudad, los «play-boys», las damas más importantes y todo el cuerpo de la Embajada norteamericana.

Karl lanzó un silbido prolongado.

—Entonces, usted debe ser un pájaro de altos vuelos.

—Me llamo Stanis Dom.

—¿El campeón de carreras?

—El mismo.

—Vaya, me gusta colaborar con usted. Le vi correr en Indianápolis, fue el año pasado, si mal no recuerdo.

—Sí, corrí entonces, pero no tenemos tiempo para hablar de mí. Tengo un compromiso esta mañana y no puedo faltar.

—Está bien, quedamos en que me ayudará a saltar el muro, pero luego, dentro de la finca, será un avispero de policías y ellos me conocen, ya se lo he dicho.

—Eso se puede arreglar. Su pelo es de color paja, tíñaselo de

negro y péguese un bigote que desfigure la línea de su boca y la base de su nariz. Póngase gafas y; vaya vestido de *smoking*. El resto déjelo de mi cuenta.

—Es usted un tipo listo, Dom. Creo que si nos juntáramos y regresáramos a Estados Unidos haríamos grandes cosas.

—Yo no soy lo que piensa, amigo Karl. Ahora, me marchó, pero recuerde: A las once y diecisiete deberá estar junto al muro oriental, a unas trescientas yardas de la puerta principal y junto a una hiedra de hojas, con bordes blanquecinos. He estudiado el lugar de antemano y nos sirve.

—No faltaré, pero, hay un inconveniente...

—¿Cuál?

—Verá, yo no tengo con qué pagar el *smoking* aunque sea de alquiler y el resto de cosas.

—Ya.

Extrajo cien dólares de su billetera y los tendió a Karl que los miró con pupilas brillantes.

—Magnífico.

—Creo que tendrá bastante. El resto lo cobrará una vez terminado el trabajo.

—O. K. como dicen los de su tierra.

—Sí, pero le advierto que si se le escapa una sola palabra de esto o le huelo alcohol esta noche cuando lo encuentre, lo enviaré al infierno sin titubear. Me juego mucho en este asunto.

—Descuide. Cuando Karl trabaja lo hace bien.

—Eso espero.

Sin decir más, Stanis se alejó de la casa primero y del barrio después, pensando que tendría que pasar una nota de gastos a la CIA. De lo contrario, resultaría demasiado caro ser patriota.

Había dejado atrás lo peor de Inagua, el lugar donde maleantes y prostitutas vivían a sus anchas sin que la policía les molestara. Era peligroso caminar de noche por aquellas calles con aires de llevar la cartera llena.

Dos horas más tarde, en el club marítimo, embarcaba en un yate junto con veintidós participantes en la competición de la caza, más que pesca, del pulpo.

Selegna Gyman, embutida en un bikini blanco que alzaba su figura tostada por el sol, se le acercó habiendo oscilar su cabello

suelto mientras sorbía a través de una caña el combinado de naranja que sostenía en su mano.

—Stanis, lo que vas a hacer es peligroso —le dijo con su voz suave—. Muchos no han salido. El pulpo tiene unos tentáculos poderosos. Un ejemplar de solo un silo, bien agarrado a la roca, es suficiente para impedir que un hombre vuelva a salir a la superficie.

Sonó una palmada a su espalda y una voz alegre preguntó:

—¿Miedo?

Era Pedro Vargas. Dom, sin enfadarse, siguiendo con su trato jovial, respondió:

—No lo he sentido jamás.

—Es cierto. Yo no hubiera sido capaz de saltar de un coche a más de ciento cincuenta millas de velocidad y sabiendo que detrás venía otro a la misma marcha.

—Me jugaba la vida y tenía que escoger el riesgo menor.

—Qué sangre fría —comentó el hijo del presidente.

—No deberían permitir que él participara —objeto Selegna—. Nunca ha practicado este tipo de competición. ¡No se trata solo de realizar un ejercicio subacuático sino le luchar contra un pulpo y cuanto más grande mejor!

—Selegna, si deseas continuar siendo mi amiga, aprende que no me gusta que una mujer me diga lo que tengo que hacer.

La joven cerró sus labios en torno a la caña, molesta por aquella observación. Sin articular palabra, sorbió el contenido del vaso hasta dejarlo seco.

—Ya he dejado ordenado que le preparen un traje de goma. Ah, le ha correspondido el número tres.

—¿Tiene alguna particularidad ese número? —preguntó Stanis.

—Sí. Se han marcado las zonas para que cada buceador no pise el terreno de sus competidores. Hay tantas boyas como participantes y a medida que el yate vaya pasando junto a ellas, nos iremos arrojando al agua. Dentro de cuarenta y cinco minutos, a menos que se haya capturado algo de importancia, se deberá subir a la superficie para ser recogido por la nave. Este es el reglamento.

El yate abandonó el puerto y enfiló la costa en dirección norte. Iban en busca de los acantilados donde los turistas no se bañaban, donde la fauna marina se hallaba más tranquila y podía desarrollarse sin trabas.

Selegna vigilaba al californiano. Dudaba entre la palabras del director general de seguridad y Stanis Dom. Su jovialidad, su simpatía natural, su seguridad no le hacían parecer un espía en contra de su nación y un traidor a Estados Unidos.

Cogió una hamaca descubierta y se acomodó en ella, dejando que el ardiente sol del Caribe bañara su cuerpo suave y curvo. Unas gafas oscuras protegían sus ojo de las radiaciones nocivas.

De pronto, el yate comenzó a disminuir velocidad. Media milla delante de la popa podía verse la primera boya colocada por una embarcación que les había precedido.

Cada boya constaba de un flotador rojo y un globo que quedaba seis pies por encima del agua y era muy visible a distancia.

Sonó un silbato y todos los participantes subieron a cubierta. Iban ya embutidos en sus respectivos trajes de cuero, con las ampollas de oxígeno y un puñal. Todos estos eran idénticos y no llevaban ningún arma más.

Selegna descubrió inmediatamente al hombre que le atraía sin proponérselo. Stanis Dom destacaba entre la demás gracias a su elevada estatura.

Se colocó en el tercer puesto, frente a la baranda abierta. Tras él, Pedro Vargas sonrió.

—La suerte ha querido que vaya tras de usted. Veremos quién encuentra el monstruo más grande.

—Vayan tomando los paquetes uno por uno —dijo uno de los jueces de la competición, una competición reservada exclusivamente para los poderosos de Inagua.

—¿Para qué sirve esto? —inquirió Stanis a Vargas «júnior».

—Mire este botón. Si un tiburón le ataca, oprímalo y saldrá a presión un colorante de acetato que repele a los escualos.

—Vaya, un protector contra los tiburones.

—Eso es.

—Espero no tener que utilizarlo. —Se lo colocó en el cinturón de los plomos que ayudaban a la inmersión.

—¡El uno!

El primer participante se lanzó al agua, desapareciendo bajo el mar de tonalidades verde oscuro, ya que el fondo era rico en vegetación.

Cincuenta yardas más adelante, la otra boya hizo que

desapareciera el segundo participante en la arriesgada competición.

Vargas palmeó el brazo de Stanis.

—Buena suerte y si ve una pieza demasiado grande, desista. Los pulpos son muy peligrosos. Cada ventosa tiene un aguijón que clava dolorosamente.

—Lo tendré en cuenta.

Miró hacia cubierta. Selegna, la atrayente y hermosa fémina, le saludó con la mano. También le deseaba suerte. Lo que Stanis Dom ignoraba es que ella estaría angustiada durante todo el tiempo que, durara la inmersión.

Stanis se hundió en el verde y movedizo elemento. Su cuerpo no sintió el contacto del agua gracias al traje de caucho que le protegía.

Cuando ya el yate se alejaba, tornó a salir a la superficie y se colocó las gafas. Miró a derecha e izquierda. Dos boyas, una a cada lado, le indicaban que no estaba solo.

Miró hacia el acantilado rocoso donde las olas batían agresivas y se sumergió en el mal llamado mundo del silencio, ya que son varias las especies de peces que emiten sonidos.

Nadó hasta una profundidad de veinte a veinticinco pies en dirección norte.

No tardó en avistar las rocas submarinas donde una vegetación multicolor convertía el paisaje en algo fantástico e irreal. Se deslizó entre aguas, buscando por los huecos de las rocas.

Divisó los tentáculos de un pulpo, pero su longitud no pasaría de los cuatro pies. No, decididamente no le interesaba, no quería ser el hazmerreír del concurso.

Pensó que los ejemplares mayores debían estar a más profundidad.

Buscó entre los corales y luego descendió. De pronto, a través de los cristales de sus gafas, descubrió una figura negra que se dirigía hacia él.

—¿Otro hombre rana? —se preguntó perplejo.

¿Sería Pedro Vargas o el número dos, desviados de su trayectoria de concurso?

Sintió algo extraño. Su cuerpo presintió el peligro. Aquel era uno de los concursantes. No llevaba solo un puñal de brillante acero inoxidable, como era obligado si no también una escopeta

submarina de aire comprimido. Su arpón estaba presto a salir disparado y no cabía duda de que aquel submarinista iba por él.

Ambos se encararon. Stanis le hizo señas con la mano, pero el otro se detuvo.

A Dom no le hizo ninguna gracia que le encañonaran con la escopeta. Bajo el agua, los movimientos para escapar a un disparo no resultaban tan fáciles como en la superficie.

Aquel hombre irreconocible solo tenía que apretar el gatillo y él sentiría el arpón mordiendo su carne como si fuera un trofeo de pesca subacuática.

Sin embargo, su enemigo no disparó rápidamente. Quería asegurarse, pues sabía que solo disponía de un tiro.

Instantáneamente, Stanis tuvo una idea luminosa. Sin esperar más, oprimió el botón del recipiente de plástico anti tiburones. Aquello podía salvarle.

Un chorro denso y negro salió proyectado hacia delante. Su adversario temió perderle de vista en medio del colorante y disparó su arpón deseoso de hundirlo en el cuerpo del californiano.

Stanis, que no obstante se había ladeado para escapar a la muerte, sintió como el arpón pasaba tan cerca de él que resbaló rozando el traje de goma. Un poco más y se habría clavado en su cuerpo.

Descargada la escopeta de aire comprimido, Stanis no pretendió escapar.

Su contrincante tampoco quiso huir y lo buscó entre el colorante.

Ambos hombres se encontraron cuchillo en mano, suspendidos dentro del agua como dos habitantes más de la fauna marina luchando encarnizadamente por la supervivencia.

Los aceros buscaron la carne mientras las manos sujetaban las muñecas opuestas, impidiendo ser apuñalados respectivamente. Sus piernas se entrelazaron y dieron tantas vueltas allí donde el colorante había enturbiado el agua que por unos instantes ignoraron donde estaba la superficie y dónde el fondo.

El forcejeo duró varios minutos. Seguían respirando, pero con dificultad. Uno u otro podía quitar a su enemigo la goma del aire, era algo que debían tener en cuenta.

Stanis se dijo que aquel sujeto que trataba por todos los medios

de asesinarle bajo el agua tenía mucha fuerza y parecía entrenado para la lucha submarina.

Se abrazaron y el propio cuchillo de Dom, retorcida su mano por el homicida, se aproximó a su cuello.

Un movimiento brusco y repentino de Stanis hizo doblar la mano de su adversario y el cuchillo de este se hundió hasta la empuñadura en su abdomen.

Se contrajo y Stanis sintió que su mano quedaba libre mientras en medio del colorante permanecía visible la sangre, aunque a la profundidad que estaba sería muy difícil que esta se viera en la superficie.

Stanis enfundó su cuchillo y braceó hacia el fondo. Unos catorce pies más abajo lo encontró.

Del cuerpo del frustrado asesino seguía manando sangre que se disolvía en el agua salada que lo envolvía, allí sobre un grupo arenoso rodeado de rocas y vegetación coralina multicolor.

Lo primero que hizo Stanis fue sacarle las gafas submarinas y la goma de aire para identificar el rostro del cadáver.

—Si es el sargento de la Embajada —se dijo sor—, prendido.

No cabía duda. Aquel era el traidor que iba delatando a los miembros de la CIA que operaban en Inagua.

Él podía escuchar las conversaciones del embajador sin que nadie se percatara de ello, a través del dictáfono de su mesa. Pero ¿para quién trabajaría?

No tuvo tiempo de hallar una respuesta.

A su espalda, surgiendo de una especie de gruta submarina, aparecieron unos largos tentáculos llenos de ventosas. Era un pulpo de gran tamaño.

Cuando quiso apartarse, uno de los largos tentáculos enlazó uno de sus pies mientras otro se enroscaba en el cuerpo del sargento.

Stanis se dijo que debía liberarse pronto del monstruo marino y seccionó el tentáculo que atenazaba su pie.

Al sentirse herido, el pulpo salió en gran parte de la cueva que utilizaba como guarida. La bolsa que constituía su cabeza y los dos ojos quedó frente a Stanis. Era muy difícil averiguar lo que había dentro de aquella masa de carne blanda.

El gran pulpo de casi nueve pies, desde lo alto de su cabeza al extremo de los tentáculos, se llevó la presa más fácil, el cadáver del

sargento, al centro de su cuerpo donde estaba su boca con un pico maligno y destructor.

Dos de los tentáculos impidieron nuevamente que Stanis escapara. El cefalópodo poseía una fuerza poderosa.

La lucha a muerte bajo el mar proseguía. Ya no se trataba de una competición. Allí, la propia vida estaba en juego. Había que liberarse de aquel monstruo de ocho brazos.

Sin poderlo evitar, se vio aplastado contra el cadáver del sargento y aquello lo libró de que la boca del pulpo se ensañara con él. También tuvo suerte de llevar puesto el traje de caucho.

Al sentir en su cabeza la primera cuchillada asestada por el hombre, el monstruo abandonó la cueva para pelear con más libertad. Mas se encontró que dos nuevas cuchilladas entre los ojos llenaron el mar de colorante espeso y negruzco. Los tiburones quedarían muy lejos de allí.

El cefalópodo trató de destruir a quién le infería tales heridas, pero el hombre pudo con él y su brazo no se cansó de hincar el acero una y otra vez en su cuerpo repelente. Al fin el animal acuático cedió, herido de muerte.

Dom se deshizo de los tentáculos que todavía le abrazaban de forma que podía haber sido letal y liberó también al cadáver del desleal sargento norteamericano.

Por unos instantes, en la quietud del fondo marino, contempló a sus dos enemigos, hombre y animal. Ambos habían sido de cuidado.

Resolvió que si sacaba a la superficie el cadáver del sargento solo se buscaría complicaciones y ningún beneficio. Después de todo, el mar era tumba de muchos y así lo dispuso para el traidor a su patria.

Se quitó su propio cinturón de plomos y sin soltarlo, para no subir de golpe a la superficie, se lo colocó al cadáver del sargento. Luego, arrastró a este hasta el interior de la cueva que utilizara el pulpo como guarida.

Cuando abandonó la gruta, tuvo buen cuidado de agarrar uno de los tentáculos del monstruo marino y comenzó a bracear hacia la superficie.

Cuando el agua quedó bajo su cabeza, se sacó la boquilla de caucho y respiró el aire puro. Lo necesitaba. Braceó sin soltar su presa hasta la boya y se sujetó a ella.

Buscó en derredor. El yate no andaba lejos y al parecer varios de sus ocupantes vigilaban con prismáticos.

Al descubrirle a flor de agua, puso su proa hacia él. En la barandilla, Selegna le observaba casi con angustia a través de unos prismáticos de largo alcance.

La mano del presidente León Vargas tomó una de las copas de la bandeja que un sirviente ponía a su alcance.

—Brindo por usted, señor Dom. Es todo un triunfador. En las anteriores competiciones jamás se había sacado un pulpo de nueve pies.

—La suerte me ha favorecido, excelencia. De no encontrarlo no hubiera podido capturarlo.

—No sea modesto —objetó el joven Vargas—. Ante un pulpo semejante, cualquiera habría huido y nadie se lo hubiera reprochado.

—Sí, es cierto —ratificó Selegna que vestía un traje de noche oscuro.

El gran escote mostraba el nacimiento de sus senos un cuello largo y elegante.

—Si me lo permiten, me agradecería que brindáramos por el campeón.

—El placer de una mujer nunca debe ser negado. Brindemos por el campeón, el hombre que no teme a la muerte en ninguna de sus facetas. ¡Stanis Dom!

El californiano hubiera deseado que el presidente no le prodigara tantos elogios, pero no tuvo más remedio que aceptar y bebió.

Poco después, el grupo se disolvía. La fiesta se hacía por todo lo alto. Militares con uniformes de gran gala, políticos prominentes y bellas damas llenaban los dos grandes salones del palacio de León Vargas.

Selegna, que había sido emparejada con Dom, dijo:

—¿Me perdonas un momento? Voy a la *toilette*.

—Bien. Cuando regreses ya me encontrarás por aquí si es que no me he marchado a ver cómo sigue mí «carro».

—Lo estimas mucho, ¿verdad?

—No puedo negarlo. Es el que me da los triunfos.

—¿Y qué opinas de lo que puede darte una mujer?

—Puedo opinar muchas cosas, porque muchas cosas puede dar una mujer.

—¿Tú siempre pides lo mismo a las mujeres?

—Los hombres pedimos lo que deseamos.

—No evadas las preguntas. No todas las mujeres entregamos lo

mismo. Yo, por ejemplo, soy de las que piensan que solo debe existir un hombre en mi vida.

Selegna no esperó que el hombre contestara y se alejó con su paso menudo y grácil.

Al quedar solo, Stanis consultó su reloj. Faltabas unos minutos para su cita con el hampón germano.

Al descubrir a su embajador en solitario, se dirigió resueltamente hacia él.

Este le recibió con una copa en la mano y un gesto amable en el rostro.

—Hola, señor Dom. Lamento que el presidente se mi haya adelantado ofreciendo la fiesta él y no yo.

—Creo que cualquier lugar es bueno para que se reúna un grupo de personas.

—Me parece preocupado. ¿Le sucede algo?

—Embajador, creo que Jack Spencer murió por culpa de un sabotaje.

—Vaya, yo también sospecho lo mismo, pero lo qui sé de cierto y se lo diré ahora que no nos puede oír nadie, es que usted ha sido comisionado por la CIA.

Stanis, sorprendido, preguntó:

—¿Se lo han dicho a usted?

—Sí, a través de un mensaje en clave para que nadie pudiera interceptarlo.

—Bien, por lo menos tengo a alguien en quién confiar. Esto es una olla de grillos. La verdad es que desde la guerra de Corea nunca me había metido en un berenjenal semejante.

—¿Tiene miedo?

—Es la segunda vez en el día de hoy que me hacen esa pregunta. No, no tengo miedo; no es ese mi problema. Lo que tengo que hacer es encontrar los restos de Spencer y en ellos el mensaje que debía transmitir a sus superiores de la CIA.

—Una cosa harto difícil, se lo prevengo. No es sencillo hallar en la jungla los restos del aparato. Por otra parte, no creo que Spencer llevara consigo su mensaje. Lo dejaría en alguna parte que sería conveniente averiguar, pero por ahora nadie ha dado en el clavo. Tengo la sospecha de que los enemigos del presidente tampoco han encontrado lo que usted busca, aunque ellos tienen un éxito a su

favor: haber cortado la vida de Jack Spencer antes de que este pudiera comunicarse verbalmente con sus superiores.

—Podía haberlo hecho por teléfono antes de subir al avión en el que pereció.

—Imposible. Hice algunas averiguaciones, con suma cautela, desde luego, y supe que Spencer fue materialmente sacado del hotel y metido en un taxi que seguramente conduciría uno de los revolucionarios. Luego, fue llevado al aeropuerto.

—Y también lo meterían a empujones en el avión ya preparado para el sabotaje, sin importarles las vidas que se iban a perder.

—Tenían que hacer aparecer la muerte de Spencer como un simple accidente aéreo y esto es precisamente lo que se notificó a la Prensa mundial. El asunto se cerró y basta.

—Pero todo no acabó cuando los de la CIA me pidieron esta colaboración como patriota que soy, aunque a decir verdad, no sé por qué me estoy jugando el físico, el prestigio y mi dinero cuando no gano nada.

El embajador puso una mano sobre el hombro alto y recto del *racimen*.

—Amigo mío, Norteamérica, Estados Unidos, no son solo un presidente, un cuerpo ni tal o cual organización. Patria somos usted, yo y los demás. Todos juntos debemos colaborar para que nuestro suelo esté siempre salvaguardado de peligros exteriores.

—Toda una lección de patriotismo.

—Dom, la CIA, lo mismo que el FBI, echa mano de hombres como usted de probada honorabilidad y arrojo para misiones especiales como la que está desempeñando. Todos los agentes de la CIA, en Inagua, habían sido descubiertos. Era necesario probar con alguien que no perteneciera a la CIA y que al mismo tiempo estuviera dispuesto a jugarse la vida como uno cualquiera de sus agentes. Ese hombre, ese elegido, fue usted.

—Sí, y que también he sido descubierto.

—¿Está seguro? —inquirió el embajador, preocupado.

—Sí. Había un traidor en la Embajada.

—¿Sospecha de alguien?

—El traidor ya es un cadáver y yace para siempre en las profundidades marinas.

—¿Qué me dice?

—Lo que ha oído. Puede avisar a la CIA que el camino hasta Inagua está ya expedito, pero que tengan en cuenta que los saboteadores están a la orden del día porque algo gordo se está fraguando en las altas esferas. No daría unos centavos por la vida del presidente Vargas.

—Sí, eso también sospecha la CIA. Todo aparenta calma, diversión, pero la amenaza está latente en el aire. ¿Se convertirá esta república en un satélite soviético?

—Trataremos de impedirlo, embajador. No olvide que yo soy un patriota y que me estoy jugando la piel ahora lo mismo que en Corea. Bueno, discúlpeme unos minutos, tengo que hacer.

Se alejaba ya cuando el embajador le retuvo por el brazo.

—Eh, espere. —En voz baja, para no ser oído, preguntó—. ¿Quién era el traidor?

—El sargento Webs.

—¿El sargento? Si tenía toda mi confianza depositada en él.

—Pues otra vez confíe menos en quienes le rodean, embajador. Seguramente él escucharía todas sus entrevistas secretas a través del dictáfono.

—Pero ¿por qué nos traicionó?

—Creo que si investiga en su cuenta bancaria, encontrará el motivo. La ambición de dinero ha convertido en traidores a muchos hombres y mujeres.

—¿Y cómo fue que tuvo que matarlo?

En someras palabras, Stanis explicó lo sucedido bajo el agua salada. Luego, dejó al embajador pensativo y se alejó hacia el jardín.

Vio a dos parejas haciéndose el amor. Él no tenía tiempo para llevar a Selegna a uno de aquellos bancos situados bajo el claro de luna. No, él tenía una cita a la que no podía faltar. Le habían encomendado una misión y cumpliría, costara lo que costara.

Anduvo con aire indolente por los senderos del jardín hasta estar seguro de que nadie le vigilaba.

Luego, se introdujo entre los setos hasta encontrar el muro. Caminó pegado a este hasta hallar en el suelo un bulto envuelto en plástico negro.

De su interior extrajo dos cosas: una caja cerrada y una soga larga de nylon resistente. Al extremo de esta había un pesado

plomo.

Lanzó la cuerda por encima del muro, haciendo que el plomo quedara al otro lado tirando del nylon hasta llegar al suelo. De este modo, la sogla daba la vuelta al muro que por suerte no había sido electrificado.

Consultó su cronómetro. Eran ya las once y diecisiete y Karl no se había presentado.

Impaciente, tuvo que aguardar cinco minutos. Cuando ya comenzaba a temer que el germano no apareciera, la cuerda comenzó a ser estirada desde el otro lado.

Stanis enroscó el extremo de la cuerda a su brazo y tiró de ella ayudando al hombre que estaba por la parte exterior del muro.

Hubo unos instantes de forcejeo. Al fin, vio el rostro moreno y con bigotes de Karl.

—Está muy alto esto —se quejó el germano.

—Vamos, salte. Yo intentaré frenar su caída.

—Bueno, pero si me rompo un hueso, veremos qué sucede después.

—¡Abajo!

El alemán se lanzó al vacío y los brazos de Stanis amortiguaron el golpe.

Cuando Karl se puso en pie, se sacudió el *smoking* y preguntó:

—¿Me cae bien? Es alquilado.

—Sí. Con las gafas tiene toda la cara de un científico alemán y eso es interesante.

—Eh, espere —atajó con su marcado acento teutón—. No irá a hacerme pasar por un sabio nuclear, ¿verdad?

—No, pero posiblemente por un técnico en la construcción de coches de carreras.

—De eso tampoco entiendo demasiado —protestó.

—Entonces, no abra la boca. Un buen sabio está calladito para no revelar sus secretos. Ah, cuando esté delante de la gente, achique sus ojos como si no viera demasiado y encorve más la espalda. Tienen que tragarse la píldora.

—Esperemos que así sea, pues me temo que la miel de los cinco grandes me ha metido en un lío peligroso. Eso de abrir un caja fuerte y no llevarse nada de su interior me parece cosa de locos.

—Vamos, cierre la boca y sígame —indicó Stanis tomando la

caja que se colocó bajo el brazo.

—¿Qué lleva ahí dentro? ¿Es lo que ha de meter en la caja?

—Sí. ¿Ha traído sus aparatos para abrirla?

—Naturalmente, voy bien provisto. —Miró en derredor, inquieto y preguntó—: ¿Por dónde entraremos al despacho del presidente?

A Stanis, que ya conocía bien la casa debido a su estancia con Vargas «júnior», le fue fácil encontrar la puerta de los servicios, donde un grupo de camareros y sirvientes en general iban y venían para servir a los invitados de León Vargas.

Nadie les dijo nada. Habían reconocido a Dom como el homenajead.

—Dese prisa, Karl. Hemos de subir por unas escaleras sin que nadie lo advierta.

—Esperemos que sea así. Muerto no iba a disfrutar de los cinco mil dólares prometidos.

Tuvieron la suerte deseada, nadie les descubrió al subir al primer piso. Dom sabía que el presidente tenía allí su despacho.

En el corredor no había ningún vigilante, pero la puerta estaba cerrada y parecía muy sólida.

—Maldita sea... —Gruñó Stanis.

—No se preocupe, esta puerta será cosa fácil y la incluiré en el precio estipulado —dijo el alemán.

Se quitó las gafas de camuflaje para trabajar mejor mientras Stanis controlaba el pasillo. Nadie subió, aunque se oía perfectamente el murmullo de voces proveniente de la fiesta.

Cuando la puerta cedió, Don respiró aliviado. Ambos se introdujeron en la estancia y cerraron nuevamente, aislándose en ella.

El despacho era suntuoso.

Los dos hombres avanzaron entre los altos sillones hacia la caja fuerte que no estaba disimulada, si no simplemente empotrada en la pared.

La puerta de la caja tenía la altura de un hombre y su anchura sería de una yarda. Sus mandos semejaban de una solidez total.

—¿Podrá abrirla?

—Creo que sí.

Stanis se adelantó hacia ella, pero Karl le contuvo, inquieto.

—No haga eso. Si hay ojos electrónicos, sonaría la alarma

inmediatamente.

—Entonces, ¿cómo piensa acercarse?

—Con esto. —Y se colocó unas gafas de infrarrojos.

Stanis dejó que el «revientacajas» avanzara como si estuviera participando en un extraño *ballet*, ya que alzaba las piernas para luego encorvar su cuerpo. Era como si salvara, con muchísimo cuidado, cables tendidos de un lado a otro de la habitación para luego pasar por debajo de otros.

Al fin, consiguió llegar frente a la caja de caudales y se quedó pegado a ella como un insecto.

—Dese prisa, no podemos perder mucho tiempo. Van a notar mi ausencia en la fiesta.

—Trataré de hacerlo en el mínimo tiempo posible.

Karl sacó un estetoscopio electrónico activado con pilas para aumentar su sensibilidad. Lijó suavemente con un sobre de fósforos las yemas de sus dedos y segundos más tarde comenzó a trabajar.

A la par que trataba de captar los pasos que pudieran caminar por el corredor para que no les descubrieran dentro del despacho, Stanis observaba como las ruedecillas de la caja rodaban en las manos hábiles del hampón.

Había sido una idea excelente escoger aquel día para el trabajo. Otro cualquiera, el despacho habría estado vigilado por la guardia personal del presidente, pero por no dar mala impresión a los invitados, los vigilantes habían sido puestos en el exterior de la casa.

Transcurrieron los minutos. Karl sudaba, pero no parecía notarlo. Para él, era casi un placer aquel trabajo.

Al fin, con la suavidad del cirujano que extirpa un órgano humano, la caja cedió.

—Ya está...

—Pues meta eso dentro. —Y lanzó al aire el paquete conteniendo el aparato de transistores.

—¿Hay que ocultarlo?

—Sí, debajo de unos legajos de papeles, que no se vea a simple vista.

—Está bien.

Karl escondió la caja y, al mismo tiempo, sus manos ligeras se apoderaron de unos fajos de billetes introduciéndolos en sus

bolsillos.

—Vuelva a dejar ese dinero ahí o no le pago.

—Es que... —protestó el ladrón.

—Sé que es una tentación, pero no estamos cometiendo un robo, de modo que cierre la caja con el dinero dentro y déjela como si nadie se hubiera acercado a ella.

—De acuerdo —aceptó Karl de malhumor, restituyendo el dinero.

Poco después, la caja de caudales tornaba a cerrarse.

—A ver si podemos salir sin que nos descubran —siseó Stanis.

Iban ya a abandonar la estancia cuando un servidor de la mansión pasó por el corredor. Tras él, dos agentes de Ramírez vestidos también de *smoking* para disimular, revisándolo todo.

Cuando tuvieron el camino libre, salieron presurosos del despacho y bajaron por las escaleras. Intentaron salir por los servicios de cocina, lugar por el que entraran, pero Stanis contuvo a su compañero, ansioso de abandonar la finca presidencial cuanto antes.

—¿Qué sucede?

—Ramírez, el jefe de la policía, estaba en la cocina con dos de sus hombres. Será mejor que utilicemos la entrada principal como salida.

—¿Cree que me hará pasar por entre los invitados?

—Sí, pero no abra la boca. Hágase el meditabundo si alguien pregunta algo.

Colocándose tras un camarero que portaba una bandeja llena de bebidas, pasaron al salón. Dom, sonriendo, dijo a Karl:

—Siga recto hacia la salida y ruegue a Dios porque no nos detengan.

—Eso estoy haciendo —replicó el ladrón con aspecto de sabio.

—Stanis, ¿dónde te habías metido?

Al volverse vio a Selegna cuyos ojos castaño-rojizos le miraban interrogantes.

—Selegna, te presento al profesor Karl Frieden. Es amigo mío, especialista en motores automovilísticos. ¿No es así, profesor?

—Sí, sí, claro que sí. Bueno, tendrán que disculparme, pero debo retirarme. Estoy estudiando unos nuevos planos que serán una revolución —dijo ampuloso, con su marcado acento germano.

—Discúlpame un momento, Selegna, voy a acompañar al profesor hasta la puerta.

—De acuerdo, buenas noches.

Caminaron entre los invitados hasta llegar a la puerta. Nadie les cortó el camino. Karl sudaba copiosamente por dentro de su traje, aunque su rostro se veía seco.

Ya en los jardines, quisieron dirigirse a la puerta central, pero esta, lo mismo que los lugares estratégicos del muro, estaba custodiada por policías de paisano y militares con traje de gala.

—¿Se atreve?

—No, amigo, no —respondió Karl—. Si me pescan, estoy perdido. Prefiero salir por dónde he entrado, utilizando el muro y así todo habrá terminado.

—De acuerdo. Opino también que es lo mejor.

Stanis se preocupó de no ser visto y al fin como hiciera un rato antes, se introdujo entre los setos, pero esta vez arrastrando consigo al falso profesor.

Cuando llegaron junto al muro, Dom sacó un fajo de billetes de su bolsillo y los tendió al que había sido su colaborador.

—Tome, sus cinco mil. Puede contarlos.

—No, no tengo tiempo para eso. Si sigo un rato más aquí, puede que estos billetes no me sirvan para nada.

—Como guste. Ahora, prepárese a saltar por el muro y buena suerte.

—¿Saltar por el muro? Está muy alto —protestó Karl que si bien era un experto abridor de cajas, no era precisamente un buen deportista.

—Yo le ayudaré. Quítese los zapatos.

—¿Para qué?

—Para subirse sobre mis hombros. No quiero que me ensucie el *smoking*. Tengo que regresar a la fiesta y podrían notarlo.

Karl se apresuró a descalzarse y luego se pegó a la pared como si fuera una lagartija. Stanis le advirtió:

—Manténgase erguido. No doble ni sus pies ni sus huesos, voy a subirle.

El «raceman» cerró sus muñecas alrededor de los tobillos del «revienta-cajas» y comenzó a subirlo a pulso como si se tratara de un levantamiento de peso.

Cuando lo tuvo en el aire, puso los pies de Karl sobre sus hombros y preguntó:

—¿Llega con las manos al borde?

—Sí.

—Pues, ¡arriba!

Empujó los pies hacia lo alto y el hampón se ayudó con las manos, no tardando en quedar sobre el muro. Poco después, desapareció.

Stanis escuchó un golpe sordo al otro lado y luego una maldición de queja. Después se oyó otro ruido, pero este venía de detrás suyo.

Saltó hacia los setos y extendió su brazo, apresando el ser que le estaba observando.

Cuando tiró de sí, a la luz de la luna, apareció Selegna Gymen.

En aquel instante se aproximaron varios pasos mientras la pareja se miraba interrogadoramente a los ojos.

Era una patrulla de vigilancia nocturna que efectuaba el recorrido del muro y, al pasar junto a la pareja, esta no se escondió. Lo que hizo Dom fue abrazar a la chica y besarla con tal fuerza que esta no pudo abrir su boca, aunque trató de protestar. No obstante, su resistencia apenas duró segundos.

Los guardianes, al ver la pareja y su indumentaria, pasaron junto a ellos con una sonrisa preñada de picardía y condescendencia.

Cuando se hubieron alejado, Stanis soltó a la mujer y esta le propinó una sonora bofetada que el hombre encajó sin pestañear ni demostrar enojo.

—Eres un canalla, Stanis, un traidor a tu patria, un espía, y no me lo niegues, porque he visto con mis propios ojos cómo ayudabas a escapar a ese hombre que has presentado como un profesor y que seguramente será un espía como tú.

—No, Selegna, yo te explicaré...

—No —le tapó la boca con su mano—, no me expliques nada. Soy de relaciones públicas, pero también colaboré con la policía, directamente con el jefe de seguridad Ramírez y si me cuentas algo, tendría que explicárselo, es mi obligación.

—¿Quieres decir que me estabas espiando a mí? —inquirió el hombre, sorprendido y molesto.

—¡Oh, Stanis, qué mundo más bajo este que vivimos!

Selegna prorrumpió en un sollozo y se alejó corriendo.

Stanis Dom se mesó el cabello, preocupado. Despacio, regresó a la fiesta.

Era muy posible que la muchacha, cumpliendo con su deber, ya le hubiera denunciado a sus superiores. No obstante, se expondría pasara lo que pasara.

Al entrar de nuevo en el salón, descubrió a Ramírez charlando con el embajador norteamericano. Se dirigió a ellos sin titubear. Selegna no se veía por ninguna parte.

—Hola, señor Dom —saludó Ramírez—. ¿Cuándo piensa abandonar nuestro país?

Stanis sonrió irónico.

—Parece que tiene prisa porque me marche.

—Oh, no, solo hacía un comentario. ¿Cogerá usted el avión para el regreso?

Dom hizo un gesto ambiguo.

—Pues, seguramente. Opino que el avión es un medio rápido y eficiente para viajar.

—No lo crea, señor Dom. A veces, los aviones se caen, desgraciadamente. Precisamente estaba hablando de esto con su embajador.

—Sí, es cierto —asintió este.

—Resulta que un compatriota suyo pereció en el avión no hace mucho. Fue una lástima, aunque también una suerte para su familia, pues se hizo una póliza de seguros en el mismo aeropuerto antes de tomar el avión. Ya sabe, una de esas máquinas automáticas con las que sus compatriotas han llenado Inagua. Se tiran unas monedas, sale una hoja, se rellena y listos. La verdad es que hizo muy bien.

En aquel instante, como un relámpago, una idea acudió a la mente del californiano. Y se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente. Aquello era como el huevo de Colón, solo hacía falta caer en el detalle.

Stanis Dom hizo saltar el dólar de plata en su mano. Le había costado conseguirlo, pero ya lo tenía, y eso era lo importante.

Una buena estratagema la de Jack Spencer: Introducir la moneda en la máquina de pólizas de seguros de vuelo.

Si él tenía el resguardo encima, era muy posible que sus superiores de la C.I.A. buscaran dentro de la máquina, pues estos sabían que el mensaje debía estar encerrado en la moneda especial.

Seguramente los asesinos habrían buscado en la propia póliza, pues ignoraban que el mensaje estaría en el dólar que ahora se hallaba en la diestra de Dom tras haber tenido que repartir unas cuantas propinas y alegar que era un recuerdo de familia que por equivocación había introducido en la máquina. Podía agradecer a la suerte que no la hubieran vaciado con anterioridad.

Se disponía a salir para ir hacia la embajada norteamericana, cuando llamaron a la puerta con los nudillos.

La abrió y se encontró con la desagradable sorpresa de tres visitantes vestidos de oscuro. Solo conocía a uno de ellos, el más pequeño y que se hallaba situado entre los otros dos de aspecto casi gorillesco.

—Buenos días, señor Dom.

—¿Qué quiere la policía de mí?

—Unas cuantas cosas, y confío en que sabrá aceptarlas. No me agradaría que se organizara un escándalo en el hotel.

Ramírez pasó al interior de la alcoba y tras él sus dos agentes. Ambos encañonaron con sus pistolas al californiano.

—Me temo que están cometiendo un atropello.

—Se equivoca, señor Dom. Sé que es extranjero y, además, hombre muy popular en todo el mundo, pero también un espía.

—¿Un espía yo? ¿Está de broma?

—No se haga el desentendido. Selegna Gymen le ha estado vigilando a la par que entreteniéndolo.

Stanis sintió una punzada en lo hondo del pecho. ¿Le había traicionado ella?

—Vaya, con que vigilando a un invitado del presidente.

—No sea cínico. La chica ha tenido un fallo al enamorarse de usted. Sí, no puede negarse que tiene don para las mujeres.

—Si ella me calumnia, no creo poseer ya ese don —replicó irónico Stanis, dejándose caer en el sofá como si no le importaran

aquellas pistolas que le encañonaban.

—Ella no quiso denunciarle, ya le he dicho que cometió la tontería de enamorarse de usted. La vi con ojeras y solo tuve que apretarle un poco las tuercas para que hablara. La carne de la mujer es débil para la tortura.

—¡Maldita sea, si la ha tocado...! —masculló poniéndose en pie de un salto y cogiendo a Ramírez por las solapas.

—Suélteme —pidió con tajante frialdad—. Suélteme o mis hombres dispararán a bocajarro y sería una lástima para usted. A menos de un paso, es imposible fallar.

—Está bien —lo soltó—, pero como la haya tocado, no va a encontrar donde esconderse, Ramírez. Recuérdelo.

—No hará falta recordarlo. Usted va a marchar muy pronto de viaje.

—¿Lo mismo que Jack Spencer, para que estalle el avión en pleno vuelo?

—Podría ser —asintió, sarcástico. Ya más serio, ordenó a uno de sus hombres—. Regístrale a él, y a toda la habitación. Quizá tenga algo interesante.

El policía cacheó rápidamente a Stanis y observó:

—No lleva armas.

—Una buena táctica, señor Dom, pero conmigo no le valdrá.

—No llevo armas, porque no las necesito, aunque es probable que, si algún día las llevo, sea para buscarle a usted y a sus secuaces.

—No creo que pueda hacer eso nunca. Se lo digo yo, que tengo algo de mago.

El que le estaba cacheando tomó el dólar de plata en su mano. Stanis le miró de reojo, preocupado. Sería fatal que le quitaran la moneda en aquellos instantes.

El policía iba a guardárselo, cuando Ramírez se lo impidió.

—Eh, dame ese dólar.

El agente, molesto, pero sumiso, se lo entregó.

Ramírez la cogió entre sus dedos pulgar e índice, mostrándola al norteamericano que observó la moneda más preocupado que antes. Si descubrían que allí dentro estaba el mensaje, estaría perdido.

—¿Qué piensa hacer con ese dólar?

—Devolvérselo, señor Dom; somos políticos, pero no rateros.

—Eso le honra en algo —dijo mordaz.

—No lleva nada —aseguró el agente por su parte.

—Bien, registrad el resto de la habitación y usted, señor Dom, siéntese en el sofá mientras mis hombres terminan el trabajo. No olvide que seré yo quien le esté encañonando. Soy muy buen tirador.

Stanis se acomodó en el sofá y llevó una mano al bolsillo de su chaqueta. Ramírez le atajó.

—Cuidadito con lo que hace.

—Me sorprende su miedo, Ramírez. ¿No ha oído decir a su gorila que no llevo armas?

—Sí, pero...

—Solo quiero fumar un pitillo.

—Bien, fume.

Stanis sacó un cigarrillo del paquete y le prendió fuego con el fósforo arrancado a un sobre.

A través del humo observó al jefe de la policía de Inagua. Le parecía pequeño, muy pequeño.

Lo único que le preocupaba de él era lo que hubiera podido hacer con Selegna. Después de todo, por lo que había deducido, la joven ignoraba que trabajaba para los conjurados que querían derrotar al presidente vigente.

Estaba tranquilo. Lo que aquellos hombres buscaban se lo había puesto en el bolsillo el propio Ramírez.

Consumía ya el cigarrillo, cuando los agentes, sudados de tanto revolver la habitación y dejar los muebles patas arriba, se presentaron a su jefe.

—No hay nada.

—En ese caso, haceos cargo de él. Yo me marchó. Vosotros esperad unos cinco minutos y luego os lo lleváis. Ya sabéis qué es lo que hay que hacer con él.

Stanis plegó sus labios en una mueca irónica.

—Ramírez, está usted siguiendo las técnicas de Capone, Morán y otros en sus tiempos de los años veinte.

—Sí, pero eran unas técnicas que daban resultado —replicó Ramírez.

Anduvo hacia la puerta y se volvió para desearle:

—Buen viaje al otro mundo, señor Dom. Espero que en el

recorrido bata sus propios récords.

Los dos agentes que quedaron al cargo del «raceman», se situaron frente a este. Poco después, el joven vio cómo el pomo de la puerta giraba lentamente.

De pronto, esta se abrió con violencia y dos figuras se lanzaron adelante como piedras catapultadas.

Ambos agentes, sorprendidos, cayeron de bruces, perdiendo sus armas.

—¡Bien, «Pecas» y Threwor...! —exclamó Dom, poniéndose en pie.

Threwor consiguió propinar un puñetazo a su adversario, pero «Pecas» tuvo que encajar tres seguidos que lo proyectaron contra la pared tras pasar por encima de una butaca.

—¡Déjame a mí! —pidió Stanis.

—¡A ti te voy a hacer lo mismo, maldito yanqui! —Gruñó el policía, lanzando sus puños hacia él.

Pero solo hirió el aire. Luego, su rostro se retorció de dolor al encontrar en su camino los puños graníticos de Stanis Dom.

Tres puñetazos más pusieron fuera de combate al gorila. Cuando este quedó tendido en el suelo. Dom se percató de que Threwor las estaba pasando moradas con su enemigo y fue en su ayuda.

—¡Déjame a mí!

Esta vez fue Stanis quien recibió un derechazo en pleno tórax.

—¡Maldita sea!

El inagües, al verse solo contra tres, quiso escapar hacia la puerta, más Stanis le cerró el paso y con dos «uppercuts» lo envió al mundo de los sueños.

—Magnífico, Stanis. Pegas tan duro como corres —observó Threwor.

—Esos... no... no pegaban mal —tartamudeó «el Pecas» tocándose la mandíbula dolorida.

—¿Cómo ha sido que habéis llegado tan oportunamente?

—Íbamos a entrar cuando oímos unas palabras. Entonces hemos preferido esperar fuera. Cuando se ha marchado el tipejo pequeño, hemos creído que necesitabas ayuda y aquí estamos.

—Gracias.

Dom palmeó los hombros de ambos, pensando que si no hubiera sido por sus puños, los pobres mecánicos lo hubieran pasado muy

mal.

—Ahora atadlos bien y vigiladlos con una pistola. Yo me llevaré la otra. No dejéis que escapen bajo ningún pretexto.

—¿Y tú qué vas a hacer, Stanis? —preguntó Threwor.

—Ir a la embajada. Ya os llamaré por teléfono para deciros lo que debéis hacer.

Dom abandonó el hotel y, montando en su «Porch Porsche 912», rodó por la calle a toda velocidad en dirección a la Embajada norteamericana.

Cuando detuvo el auto y corrió hacia el interior del edificio, pasó por delante de lo que había constituido el puesto del sargento Webs. Vio allí a una linda mujer a la que miró instintivamente.

Fue hasta la puerta que daba paso al despacho del embajador y la abrió.

—¡Eh, aguarda! ¿Adónde va? —protestó la administrativa.

—Lo siento, preciosa, me esperan.

Ella trató de ir en pos de aquel hombre que se había introducido como un tornado, pero al ver que el embajador se levantaba de su butaca para darle la mano, desistió y tomó a su mesa.

Sacó un pequeño espejo y se contempló en él, para ver cómo estaba el carmín de sus labios y las puntas de sus cabellos. Aquel hombre que acababa de entrar era muy atractivo.

El embajador, tras saludar efusivamente al corredor, presentó al hombre que había en su despacho.

—Es el inspector jefe de la

C. I. A.

, Henry Donaldson, que ha venido en cuanto le he dicho que había recuperado el mensaje puesto por Jack Spencer antes de ser asesinado.

Stanis se encaró con aquel sujeto delgado, de aspecto severo y cabello cortado al cepillo.

—Vaya, con que usted es el que habló por el casco.

—Sí, yo mismo, y a través del embajador he seguido sus pasos muy de cerca.

—Pues sepa que me ha metido en un buen lío. Mis dos mecánicos tienen ahora en mi habitación del Grant Hotel a dos agentes amordazados y con el rostro magullado.

—¿Dos agentes? —repitió el embajador.

—Sí. El señor Ramírez, director general de seguridad, tuvo a bien hacerme una visita. Luego, quería que me fuera al infierno y para eso dejó comisionados a sus dos gorilas, pero tuve suerte. Mis hombres me han ayudado un poco.

—Vaya, siempre hemos sospechado que Ramírez era uno de los conjurados en contra de León Vargas —dijo Donaldson.

—Sí. Bueno, ahora hablemos de este dólar. Ahí va.

Henry Donaldson cogió la moneda al vuelo y la observó con detenimiento.

—Buen trabajo. Ya me ha dicho el embajador que lo encontró en una máquina de pólizas de seguros.

—Sí, fue una idea genial por parte de Spencer.

—Veamos lo que dice este mensaje...

Donaldson abrió un maletín y extrajo uno de los aparatos que llevaba dentro de él. Estiró del punto negro, al que siguió una finísima cinta y encajó el dólar en el mecanismo electrónico.

Este comenzó a funcionar, escapando una voz del aparato que solo Donaldson conocía:

—Soy Jack Spencer, en misión de «león acorralado». León Vargas va a caer de su pedestal. Se prepara un golpe de estado fomentado por Juan Ramírez, jefe de la policía de Inagua. El general Laguardia, jefe de las tropas paracaidistas y el coronel L'acroia, director general del aire con despacho en el aeropuerto militar, colaboran conjuntamente con Ramírez, para un presidente «x» que les habla en sus reuniones y les dice lo que deben hacer. En realidad, el tal presidente «x» no es otro que Juan Ramírez, quien en su juventud fue ventrílocuo profesional. Utilizando este truco hace creer a los dos militares que existe un cuarto personaje que les dirige. Piensa aprovecharse de ambos militares y eliminarlos luego, quedando como jefe supremo de una demagogia marxista dirigida a su antojo. El refugio de los conjurados está en la jungla, a unas dos horas de Inagua, distrito federal. Un lugar fortificado y protegido con doble círculo de alambradas con perros de presa entre ambas. Juan Ramírez acude al lugar en un «Buick», el general Laguardia en un «jeep» y el coronel L'acroia a bordo de un helicóptero.

El mensaje concluía allí. Los tres hombres se miraron.

—Este Ramírez siempre me ha dado mala espina.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El embajador

tomó el aparato rápidamente.

Escuchó en silencio y luego colgó con gesto grave.

—¿Sucedó algo malo? —preguntó el hombre de la CIA.

—Después de lo que hemos oído en esta grabadora, me temo que sí.

—¿Ha comenzado el golpe de estado? —quiso saber Stanis.

—Uno de mis colaboradores acaba de comunicarme que Ramírez se ha llevado del palacio presidencial a Vargas y a su hijo, en un «Buick».

—¡Maldita sea! Los llevará a su refugio para acabar con ellos —gruñó Stanis.

—Embajador, avise inmediatamente a Hipólito Fernández, vicepresidente de la República. Comuníquese lo que ocurre en estos instantes. Póngale en antecedentes y aconséjele que se ponga bajo la protección de la Marina. Que prepare a los infantes de marina para pelear contra los paracaidistas del general Laguardia, si es necesario.

—Tendríamos que rescatar al presidente —dijo el embajador, preocupado—. Su caja de caudales está llena de pactos militares y emplazamientos secretos de la defensa y ataque de misiles intercontinentales.

El jefe de la CIA miró a Stanis. Luego preguntó:

—¿Consiguió poner el aparato dentro de la caja?

—Me costó más de cinco mil dólares conseguirlo.

—No se preocupe, el gobierno le reembolsará todos sus gastos y además habrá una gratificación por su patriotismo.

Henry Donaldson sacó otro de sus aparatos, este rectangular y más pesado. Alzó una antena telescópica y puso en marcha sus mecanismos electrónicos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el embajador.

—Enviar un tipo de onda especial que «captará» el transistor que Dom escondió dentro de la caja de caudales. Allí, el aparato se pondrá en marcha.

—¿Es un explosivo? —preguntó Stanis.

—No. Es algo más silencioso y efectivo. —Dio vuelta a una llavecita y agregó—: En estos momentos, si nada ha fallado, se pondrá en marcha el transistor y soltará un gas corrosivo que destruirá cuánto halle en la caja. Ningún enemigo podrá conocer los

planos estratégicos de nuestro país.

—Es una buena idea, pero ahora hay que actuar —dijo Stanis, resuelto.

—Sí, pero ¿qué hacemos?

—Yo pienso ir al refugio de esos tipos. Allí hay una personilla que me interesa salvar.

—¿Quién es? —preguntó el inspector de la C.I.A.

—Una mujer llamada Selegna Gymen, a la que han envuelto en esto sin ella saberlo.

—Eso está bien, pero ¿cómo piensa llegar a la guarida?

—Muy fácil. Haré una visita al coronel L'acroia. Puede que aún lo encuentre en su despacho esperando noticias de Ramírez. Luego, ustedes atacarán el reducto y el golpe de estado será abortado, si es que lo conseguimos. Que Hipólito Fernández se haga cargo rápidamente del país, antes de que consigan hacerlo ellos.

—Pero ¿cómo podremos atacar el lugar, si desconocemos su emplazamiento?

—Yo les informaré por radio, estén atentos —dijo Stanis, echando a correr fuera del despacho. No había tiempo que perder.

—¡Eh, aguarde, hay que pensar algo más! —gritó el inspector de la C.I.A., mientras el embajador efectuaba una rápida llamada al vicepresidente de la república para que se hiciera cargo de la situación antes de que lograra lo propio el demagogo Ramírez.

La secretaria de la embajada vio pasar de nuevo a Stanis Dom como una exhalación y se dijo que el retoque de su rostro no había servido de nada. Aquel huracán ni siquiera la había mirado.

Stanis saltó de nuevo al interior de su «Porsche» amarillo y pisando el acelerador a fondo, se dirigió al aeropuerto militar, al cual llegó veintidós minutos después.

A la entrada, le cerraron el paso.

Stanis miró a los centinelas por un instante. Después, con seguridad y cinismo, dijo:

—Tengo que ver inmediatamente al coronel L'acroia. Dígame que vengo de parte de Ramírez.

Los dos vigilantes se miraron entre sí. Luego, uno de ellos pasó al teléfono que tenían junto a la puerta.

Al poco salió, señalando uno de los edificios.

—Vaya hacia allí. El coronel le aguarda en su despacho.

Stanis hizo roncar el motor de su auto y no tardó en situarse frente al más lujoso de los edificios que componían la base militar aérea.

Poco después, penetraba en el despacho de L'acroia.

El militar parpadeó al verle y preguntó.

—¿De veras viene de parte de Ramírez?

—Sí, pero no puedo decirle nada hasta que estemos solos.

—De acuerdo.

L'acroia cayó en la trampa y ordenó a sus guardianes que se alejaran del despacho. Cuando la puerta se cerró y se sentó cómodamente en su silla, preguntó:

—Bien, ¿qué tiene que decirme?

Tuvo una desagradable sorpresa al ver en la mano del norteamericano una pistola que le encañonaba.

—Levántese enseguida y no toque ninguna alarma, porque sería lo último que hiciera en su vida.

—¿Qué significa esto?

—Si me obedece, puede que salve el pellejo. De lo contrario, lo siento por usted.

—¡No entiendo nada!

—Pues yo sí. ¡Arriba! Ordene por teléfono que preparen uno de sus helicópteros. Yo estaré apuntándole en todo momento. Un solo movimiento en falso y no gobernará ningún país, se lo juro.

—¿Usted sabe...? —balbució asustado.

—Yo solo sé que tengo que salvar a una chica que Ramírez ha torturado. Lo demás me importa un comino, de modo que obedezca.

—Pondremos a la chica en libertad sí...

—No. Quiero libertarla yo mismo. Dicen que así las mujeres se enamoran con más fuerza de uno —dijo Stanis haciéndole tragar el anzuelo al coronel.

Este pensó que una vez en el refugio podría desarmar al norteamericano con la ayuda de los hombres de Ramírez y los paracaidistas del general Laguardia.

—Está bien, iremos ahora mismo.

Descolgó el auricular y dio la orden para que tuvieran preparado su helicóptero. Después, salieron.

Stanis guardó la pistola en el bolsillo pero mantuvo la mano dentro de él, advirtiéndolo:

—No tendré contemplaciones. Esa chica significa mucho para mí. Pienso casarme con ella. Ahora, andando.

—Ignoraba que los americanos fueran tan fogosos —dijo L'acroia mordaz.

—Pues ya ve, nunca se puede hacer una sentencia de los individuos de mi país. Todos no reaccionamos igual.

—Eso es lo que veo. Pero, vayamos afuera.

Nadie les puso impedimentos para llegar al helicóptero. Una vez en este, Stanis ordenó:

—Usted conducirá, coronel, pero cuidado con las jugarretas. Fui piloto en Corea y sé muy bien lo que es volar.

Las aspas del helicóptero se pusieron en movimiento mía vez cerrada la cabina. Cuando L'acroia se iba a poner los articulares, Dom se los quitó de la mano, para colocárselos él.

—A mí también me gusta jugar con estos chismes. Siento nostalgia desde la guerra, pero aún recuerdo algo. A ver, a ver, aquí está la radio. Se da a la llave...

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el coronel, conduciendo el aparato. Miraba al norteamericano, suspicaz.

—Jugar, ya lo ve. Me llamo Stanis Dom y soy corredor automovilístico. En estos momentos veo la ciudad de Inagua a mis pies. Luego, una carretera muy ancha que se dirige hacia el norte...

Fue explicando cuánto veía en plan de juego, hasta que sobrevolaron la guarida de los conjurados.

—¿Es ahí, en esta casa de plantador?

—Sí. Fíjese, no va a llegar a tiempo. León Vargas y su hijo van a ser fusilados.

Sin dejar de apuntar al coronel, Stanis vio cómo un piquete de ejecución hacía fuego contra dos figuras. Estas cayeron al suelo.

El presidente y su hijo acababan de ser ejecutados.

—¡Esto les costará caro!

—Usted preocúpese de su chica y deje tranquila la política de los demás —aconsejó L'acroia.

El helicóptero aterrizó en el campo. El aparato pronto quedó rodeado de soldados armados.

—Le recuerdo que si alguien trata de hacerme algo, el primero en convertirse en angelito será usted, coronel.

—Lo tendré en cuenta.

—Sí, porque sería una lástima que ahora, que ha muerto, el presidente, no llegara a gobernar por culpa de una píldora de plomo.

Se apearon del helicóptero y, con naturalidad, caminaron hacia la casa. Nadie sospechó nada.

Entraron en ella y luego pasaron a la sala de reuniones.

Al verles, Ramírez se puso en pie de un brinco.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido, L'acroia?

—Este norteamericano viene a por su chica. Cuando se la demos, se largará.

—¿Y usted se lo ha creído, precisamente en estos momentos en que hemos puesto en marcha el engranaje para apoderarnos del gobierno? —masculló Ramírez, irritado.

—Cuidado, enano, no se exalte o de lo contrario tendré que pegarle un tiro —advirtió Dom—. Además, no sé qué gruñe; si ha estado engañando a sus compañeros.

—¿Engañando...? ¿Qué insinúa? —masculló Ramírez, mientras Laguardia y L'acroia le miraban interrogantes.

—Pues que el presidente «X» no es otro que Ramírez. Sí, usted es quién pensaba subir al poder después del golpe.

—¿Qué? —Gruñó el general—. Imposible, si él estaba aquí cuando a través de los micrófonos el presidente «X» nos respondía.

—General nuestro dilecto amigo Ramírez fue en su juventud un ventríloquo profesional. Tiene gracia, pero ha sabido engañarlos al tiempo que así se apoyaba en la fuerza militar para derrocar al presidente Vargas. Luego, todos ustedes desaparecerían. Es maquiavélico, pero Ramírez es todo un genio.

—¡Maldito traidor! —rugió el general, invadido por la ira al saberse burlado.

—En su diestra apareció una navaja en la que un muelle dejó el acero desnudo. Este se hundió de un golpe en el cuerpo de Ramírez, para luego clavarse una y otra vez.

—¡Quieto, general! —ordenó Stanis. Tuvo que disparar sobre él, matándolo, para que su mano quedara quieta—. Usted, L'acroia, sepa que si tratan de intervenir los de afuera, usted será hombre muerto.

—¿Qué sucede? —preguntaron varios policías del fallecido Ramírez, penetrando en la sala.

—Se acabó el juego, amigos. Corran la voz de que todos deben arrojar sus armas en el centro del claro. Están rodeados por las fuerzas de Hipólito Fernández, el nuevo presidente de la república y que sucede al hombre que ustedes han ejecutado.

—Obedecedle —ordenó L'acroia.

Cuando de nuevo estuvieron solos junto a los dos cadáveres, Stanis dijo:

—Tiene sentido común, coronel. Ahora se le juzgara y es seguro que, por lo menos, salvará la vida.

—Hum, siempre es un consuelo.

—¿Hay algún micrófono que pueda dar órdenes en este refugio?

—Sí. Se transmiten a través de unos altavoces distribuidos por toda el área.

—Bien, tome este micrófono y ordene que tiren las armas y dejen paso a las tropas de infantería de marina que van a presentarse de un momento a otro.

Mientras L'acroia daba órdenes, Stanis comenzó a abrir puertas hasta que en una habitación angosta descubrió a Selegna que le miró asombrada.

—¡Stanis!

—¡Pequeña! —La sacó y abrazó, sin dar la espalda al vencido coronel.

—¿Qué ha ocurrido?

—Poca cosa...

Con palabras someras, le explicó quién era en realidad Juan Ramírez y lo que había sucedido a Vargas y a su hijo. Asimismo, la misión que le llevara a Inagua.

—Perdóname, Stanis. He sido una ingenua al creer en Ramírez.

Él la estrechó con fuerza, mientras se aproximaban las tropas que Stanis Dom dirigiera hacia allí gracias a la radio del helicóptero.

La besó y dijo:

—A mí me gustan las mujeres ingenuas. Son más apetecibles.

—Pero recuerda que yo soy...

Él le tapó la boca para que no continuara.

—Sí, eres mujer de un solo hombre, ya me sé la historia.

¿Quieres casarte conmigo?

Ella quedó muda de asombro. Luego sonrió incrédula y

preguntó:

—¿Es cierto eso?

—Sí. Claro que tendrás que compartir mi vida con otra mujer.

Al escuchar aquello, la muchacha intentó zafarse del abrazo, pero él se lo impidió.

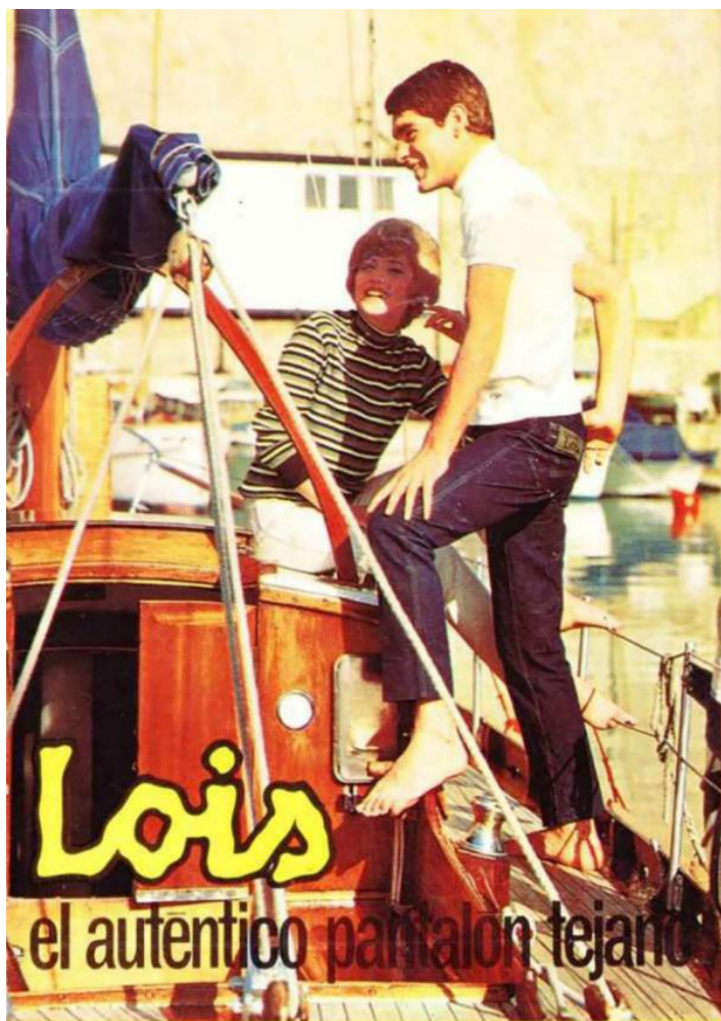
—Quieta, hermosa. Esa otra mujer es la muerte. Me casé con ella cuando piloté el primer bólido de carreras, y ahora no sé vivir sin ella.

—Bueno, si es solo esa mujer...

Y le mostró sus labios, que él besó generosamente.

Un año más tarde, en Indianápolis, un «*baby*» contemplaría cómo su padre, el gran campeón Stanis Dom, ganaba una vez más el gran premio de las quinientas millas en su «Ford-Cooper».

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

